CLARA ANN SIMONS

UNA ABOGADA POR Navidad



CUANDO UN CAMBIO DE AIRES, CAMBIA TU VIDA

Una abogada por Navidad

Clara Ann Simons

Una abogada por Navidad
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 06/09/2024 con el número 2411060024215

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.
Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1
Instagram: claraannsimons
Tiktok: @claraannsimons

Me gustaría agradecer la ayuda de Maysun Halah Bañón y Carmen Colorado Ferreira por su infinita paciencia mientras escribía este libro. Sin ellas, el resultado no habría sido el mismo.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

CAPÍTULO 1

Nicosia - Australia

El eco del portazo resuena en todo el despacho mientras corto la llamada y me doy cuenta de que han destruido cinco años de mi vida en poco más de cinco segundos.

Siento el frío cristal de la ventana en mi frente. El distrito financiero de Sídney se extiende ante mí, aunque tan solo sirve para agrandar el vacío que hay en mi interior. Un vacío que deja demasiadas preguntas sin respuesta, el anhelo de algo más en mi vida.

El golpeteo rítmico e inconsciente de mis uñas sobre el cristal resuena en un silencio sofocante, un cruel recordatorio de que no consigo concentrarme en el importante caso que debo defender. Mi mente regresa una y otra vez a la voz fría y cortante de mi ahora ex pareja, hace tan solo unos minutos. “No es por ti… pero es mejor que lo dejemos. Podemos seguir siendo amigas”.

—Zorra —mascullo entre dientes—. Ni siquiera ha tenido la decencia de decírmelo en persona. ¿Quién rompe una relación tan larga por mensaje de voz?

Regreso a mi escritorio y pego un fuerte manotazo en la mesa. La pequeña piedra negra que recogí en mi última caminata por la playa sale volando, deslizándose sobre el suelo. Observo su trayectoria errática y siento cierta afinidad con su viaje sin rumbo.

—Céntrate, Nica —murmuro, pasando una mano por mi melena.

El lujoso despacho debería ser un testimonio de éxito y ambición. Mi éxito y mi ambición. ¿Por qué me siento tan vacía?

El teléfono vibra con una llamada entrante y el nombre de mi hermana se muestra en la pantalla. La ignoro, igual que he hecho tantas otras veces. Es una cabeza loca, pasa por la vida dando tumbos con su activismo ecológico y sus tablas de surf.

Y es feliz.

Por pura desesperación, abro Instagram y un extraño anuncio aparece en la pantalla. “Intercambio de casas para las vacaciones”.

Entro en su web, más por curiosidad que por cualquier otra cosa. El diseño es alegre. Rostros con una sonrisa de oreja a oreja y lugares pintorescos. De pronto, mi mirada se detiene en un

anuncio que parece saltar de la pantalla y agarrarme por la solapa de la blusa. “Encantador apartamento en Nueva York. Disponible para dos semanas en Navidad. Cambiaría por una casa cerca de la playa, lo más lejos posible de mi ciudad”.

Nueva York. La ciudad que nunca duerme. Un lugar tan enorme que podría perderme entre la multitud y olvidarme de la presión sofocante de mi trabajo. Olvidarme de la zorra de mi ex. Antes de que pueda convencerme a mí misma de que no tiene sentido, hago click en el anuncio.

Veinte minutos y un montón de mensajes más tarde, está hecho. Ya no hay vuelta atrás. Ni siquiera me pregunto qué narices hace esa mujer americana levantada a estas horas. Allí tiene que ser casi de madrugada. ¿En qué trabaja? Espero que no sea alguien como mi hermana y esté volviendo de fiesta. Eso explicaría que estuviese despierta. El intercambio es perfecto, viviré en Nueva York durante dos semanas a cambio de mi casa de la playa en Byron Bay. Ni siquiera la uso ya, paso demasiado tiempo en Sídney.

Me levanto de la silla de manera abrupta y rueda hacia atrás, golpeando la pared del despacho con un ruido sordo. Camino de un lado a otro por la oficina, los tacones resonando sobre el suelo de madera.

—Está bien, Nicosia. Eres una abogada de éxito, tomas decisiones racionales. Esto es… esto es tan solo un riesgo calculado. Un descanso muy necesario. Te lo mereces —me recuerdo a mí misma, tratando de recuperar el control.

El teléfono vibra de nuevo. Otra vez mi hermana.

—¡Joder, Nica! Llevo llamándote todo el jodido día —la voz de Sophie suena estridente a través del altavoz—. ¿Vendrás en Navidad a Byron Bay?

—Sobre eso, no va a ser posible. Sé que estabas muy ilusionada con la fiesta de fin de año en la playa, pero…

—Mierda, Nica. ¿Qué pasa? ¿Otra vez tu trabajo? ¿Es por tu novia? ¿Esa estúpida modelo no puede juntarse con la gente normal? ¿Le parezco poco? ¿Por eso no vienes?

—No, no… no es nada de eso —me apresuro a cortar. Ni siquiera me molesto en explicarle que ya no hay una novia—. Es que… bueno, quizá he hecho algo impulsivo.

—¿Tú? ¿Nicosia, impulsiva? —Sophie se ríe a través de la línea—. Eso tengo que escucharlo.

Tomo aire y lo suelto con lentitud. A continuación, le cuento que, por pura casualidad, apareció en mi Instagram un anuncio de una web de intercambio de casas. Le explico que un pequeño apartamento llamó mi atención y que pasaré quince días en Nueva York a cambio de mi casa de la playa en Byron Bay.

La línea se queda en silencio.

Un silencio largo.

Demasiado largo.

—Joder, Sophie, di algo —protesto.

—Estoy sin palabras —suspira—. Nicosia Walker, la gran abogada. ¿Toma la decisión de irse quince días a la casa de un desconocido en Nueva York? ¿En Navidad?

—Una desconocida.

—¿Qué?

—Es una mujer. Y tiene buenas críticas, no es la primera vez que intercambia su apartamento y todo el mundo le ha puesto cinco estrellas. Por lo demás, sí, es una absoluta desconocida. Ni siquiera sé a qué se dedica, por eso necesito que le eches un vistazo de vez en cuando durante esos quince días. Asegúrate que todo está bien, ya sabes, de manera disimulada y eso. No quiero que se dedique a hacer fiestas en mi casa.

—Sabes que en Nueva York es invierno, ¿verdad? Te vas a cagar de frío. Se te helará el culo. Habrá nieve y todo eso. No es como los 28 grados que tendremos en Byron Bay. No podrás ir a la playa —me recuerda.

—Lo sé, pero necesito alejarme durante un tiempo —reconozco con un suspiro—. Nueva York es perfecto. Puedo perderme durante esas dos semanas, olvidarme de todo.

—Volver a ser tú misma durante un tiempo —añade mi hermana.

—Sí, supongo que sí. Volver a ser yo misma durante un tiempo —admito.

Tras colgar, me pongo en pie y aliso con la palma de las manos mi traje a medida para, a continuación, recoger mis cosas. Mientras lo hago, llama mi atención la pequeña piedra que había salido volando de mi escritorio. La recojo del suelo y paso mi dedo pulgar por la superficie lisa. Por impulso, la deslizo en mi bolsillo. Un pequeño trocito de mi hogar para llevar conmigo en esta aventura.

Antes de que me quiera dar cuenta, estoy en mi apartamento con una maleta abierta extendida sobre la cama.

—Esto es una locura —mascullo entre dientes mientras doblo una blusa con precisión militar —. Una jodida locura.

Casi cuando estoy a punto de salir por la puerta, recibo un nuevo correo electrónico. Estoy a punto de no responder, supongo que será algo del trabajo, pero un impulso me lleva a mirar la pantalla del teléfono móvil.

Noa Sullivan, la mujer con la que estoy intercambiando la casa, y mi corazón se acelera

mientras lo abro.

"Hola, Nicosia. Solo quería asegurarme de que todo está listo para nuestro intercambio. Me hace mucha ilusión pasar unos días en Australia y escapar del frío de Nueva York. Te he dejado unas notas sobre el apartamento y el vecindario en la cocina. Hay una cafetería realmente buena justo en la esquina. Dile a María que vas de mi parte y te hará un descuento y el mejor café de Manhattan. Un saludo, Noa".

Suena amigable y relajada. Todo lo que yo no soy.

"Hola, Noa. Gracias por tu correo. Todo está listo por mi parte. Espero que disfrutes de las playas de Byron Bay, es un lugar ideal para pasar la Navidad. Mi hermana Sophie pasará por allí para darte la bienvenida y mostrarte los alrededores".

Presiono enviar y sacudo la cabeza. Sonrío. En menos de cuatro horas estaré sentada en un avión hacia Nueva York, dejando atrás una vida que empieza a sofocarme. Aunque tan solo la deje atrás durante un par de semanas.

Y mientras cierro la puerta, se me escapa una sonrisa tonta.

—Adiós, Sídney. Hola, Nueva York —suspiro.

CAPÍTULO 2

Noa – Nueva York

El cursor parpadea en la pantalla del ordenador. Me muestra una página en blanco. Se burla. Provoca.

Observo el documento vacío, deseando que las palabras se materialicen. Cualquier palabra, ya casi ni me importa. Ya habrá tiempo para corregir más tarde.

Nada.

Mis dedos flotan sobre el teclado, listos para escribir, deseosos de hacerlo, pero mi mente permanece en blanco.

Frustrantemente en blanco.

Había tenido algún caso de bloqueo de escritor en el pasado, también he oído mucho hablar de ello. Al fin y al cabo, les ha pasado a muchas de mis compañeras. Pero esto es demasiado. Jamás había sentido algo tan severo. Es como si alguien con muy poco sentido del humor hubiese apagado un interruptor en mi cabeza, como si cortasen de pronto el flujo de creatividad que ha sostenido mi carrera durante años.

—Vamos, Noa —mascullo entre dientes, pasando una mano por mi pelo despeinado—. Puedes hacerlo, lo has hecho cada día durante años. Solo escribe algo de una jodida vez.

Y, sí. Escribo una frase.

Es horrible.

La borro.

Escribo otra.

La borro también.

Gruño de frustración. Cierro de golpe el portátil y me alejo de la mesa. Las ruedas de la silla se enganchan en el borde de la alfombra y casi me hacen caer hacia atrás. Genial. Simplemente, genial.

Mi apartamento en Greenwich Village empieza a sofocarme. Camino de un lado a otro, mis pies descalzos sobre el suelo de madera. Mis anteriores libros me miran desde una de las

estanterías. Es como si quisieran recordarme que, si sigo así, esa estantería no se llenará nunca… porque ningún libro les seguirá.

No tiene lógica, llevo años escribiendo. No es nada nuevo. Sé que puedo hacerlo, debo hacerlo. Pero eso no lo hace menos aterrador.

En la calle, son las seis y ya se ha hecho de noche. Dicen que este fin de semana nevará. Me envuelvo en la sudadera y enrollo un mechón de pelo en mi dedo índice, es una manía que me persigue desde que era pequeña. Cuando estoy nerviosa siempre lo hago. Nunca lo he logrado superar.

Desvío la mirada al tablero de corcho que cuelga en una de las paredes. Está cada vez más cubierto de notas adhesivas de distintos colores. Puntos de la trama, bocetos de los personajes, ideas aleatorias anotadas a veces en mitad de la noche. Solían marcarme la dirección a seguir, me gusta planificarlo todo. Ahora, tan solo son un desorden confuso, están desprovistas de significado o coherencia.

El teléfono vibra y en la pantalla veo el nombre de mi agente.

Mierda.

Por unos instantes, considero ignorarla, fingir que nunca he recibido esa llamada. De todos modos, sé perfectamente lo que me va a decir. Pero ignorarla tan solo retrasará lo inevitable.

—Hola, Marlo —suspiro.

—¿Cómo va el nuevo libro?

Ni siquiera se molesta en saludar. Ni un “hola”. Un “¿qué tal estás?” Va directa al grano.

—Va poco a poco —confieso a regañadientes.

En el fondo, llevamos muchos años trabajando juntas y sabe que el verdadero significado de mi respuesta es que estoy totalmente bloqueada y las palabras no salen ni con sacacorchos.

—Acabo de colgar con los de la editorial y, ya sabes cómo son, se están poniendo un poco nerviosos con la fecha de entrega —me advierte.

—Estoy trabajando en ello —repito de mala gana.

—Solo me preocupo por ti, lo sabes, ¿verdad? Llevamos muchos años juntas, pero potencialmente, nos estamos metiendo en problemas. Están hablando de un posible incumplimiento de contrato, ya han gastado mucho dinero en la promoción y el libro está literalmente en pañales.

—Necesito un poco más de tiempo. Sabes que cuando encuentro la inspiración puedo escribir miles de palabras diarias y…

—Pero esa inspiración de la que hablas no llega —gruñe—. Y esa gente no va a esperar para siempre. Hay mucho dinero en juego. Querrán que devuelvas el adelanto y…

—No sé lo que me pasa —confieso, dejándome caer sobre un sofá de cuero que se siente demasiado frío—. Las palabras, simplemente, no salen.

—¿Has probado a cambiar de lugar? A muchos escritores les funciona.

—¿Quieres decir irme a un Starbucks a escribir en vez de hacerlo en mi apartamento? No me funciona.

—Me refiero a algo más radical. Sal de Nueva York. Cuanto más lejos, mejor. Mucho daño no te puede hacer, teniendo en cuenta que no eres capaz de escribir ni una sola palabra —añade.

—Gracias por tu confianza, joder —me quejo con un soplido mientras pongo los ojos en blanco.

—Te lo digo en serio, Noa. Debes hacer algo antes de que las cosas se pongan feas, porque la mierda me va a salpicar a mí también si no terminas ese libro a tiempo —insiste antes de colgar la llamada.

Rasco una y otra vez mi antebrazo hasta que la piel se vuelve roja. Esto no puede estar pasando. Unas horas más tarde, de pronto, una idea viene a la cabeza. No una frase para el libro o una escena. Ya me gustaría. Quizá Marlo tenga razón, es posible que salir de aquí ayude.

Sin pensarlo, abro de nuevo el ordenador portátil y entro en una web de intercambio de casas que he utilizado algunas veces en el pasado. Ofrezco el apartamento de Nueva York durante un par de semanas, justo hasta después de Año Nuevo, y busco algún lugar que esté lo más alejado posible de casa. Necesito algo completamente diferente.

Como por arte de magia, recibo un mensaje y no puedo creer lo que estoy viendo. Playas de arena blanca y agua azul turquesa. Byron Bay en Australia. Ni siquiera había oído hablar de ese lugar, pero está lo suficientemente lejos como para no recordarme a Nueva York. La casa tiene una pinta excelente, cerca de la playa. Además, para ellos es verano. Por un momento, se me hace raro. Pasar las vacaciones de Navidad en la playa, tomando el sol en vez de estar rodeada de nieve. Increíble.

Respondo el mensaje y, en menos de veinte minutos, tengo el acuerdo cerrado y un vuelo reservado hacia Sídney. En cuarenta y ocho horas estaré al otro lado del mundo.

Mierda, tengo que llamar a Anya.

—¡Noa! —prácticamente grita a través del teléfono, como de costumbre—. ¡Por favor, dime que me llamas para rescatarme de este jodido infierno de hojas de cálculo que me está fundiendo el cerebro!

—No exactamente, pero tengo noticias. Me voy a Australia.

—¿Sin mí?

—¿Qué?

—Es broma, mujer —chilla de nuevo y tengo que alejar el teléfono de mi oído para que no me deje sorda—. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Dame detalles ahora mismo, capulla! —exige.

—Me voy mañana mismo. Necesito desconectar durante un par de semanas. He intercambiado el apartamento por una casa en un lugar que se llama Byron Bay y…

—¡Es un paraíso del surf! —grita otra vez.

—¿Qué? No sé, ni idea. Solo sé que necesito salir y me pareció una opción excelente.

—Y podrías encontrarte a una diosa surfera de piel bronceada para quedarte allí para siempre.

—Eres idiota. ¿No quieres verme por Nueva York?

—Bueno, pues para echar un polvo, o unos cuantos —corrige muerta de risa.

—Estaré muy ocupada escribiendo. Voy muy mal de tiempo con el libro.

—Eres una aburrida, Noa —se burla—. ¿Cuánto tiempo hace que no…?

—¡Vete a la mierda, Anya! —la corto—. Mi prioridad es terminar el libro. En cualquier caso, necesito que me hagas un favor. La mujer con la que he intercambiado la casa, una tal Nicosia Walker, ¿podrías quedar con ella un día a tomar un café y darle alguna indicación sobre lo que puede ver en la ciudad? Ya sabes, lo más típico para los turistas y eso. Sobre todo, asegúrate de que no se va de excursión por barrios poco recomendables. No quiero que le pase nada.

—¿Tú te vas con las surferas de piel bronceada y a mí me dejas el trabajo sucio? ¡Vaya amiga de mierda! ¿Qué clase de nombre es Nicosia, por cierto? Nah, en serio, estaré encantada de ayudarla. Querrá quedarse en Nueva York, ya lo verás.

—Tú intenta no asustarla demasiado, ¿vale? No todo el mundo tiene tu nivel de energía —bromeo.

CAPÍTULO 3

Nicosia – Nueva York

En cuanto abandono la terminal del aeropuerto JFK, me veo envuelta en un mar de taxis amarillos y gente. Un barullo inmenso que consigue que la hora punta en Sídney parezca casi como una canción de cuna.

La mujer con la que intercambié la casa me dejó unas instrucciones muy detalladas: *"Toma el AirTrain desde el aeropuerto a Howard Beach. Desde ahí, debes coger el tren A en dirección a Manhattan y bajarte en la estación de la calle 14. El apartamento está a poco más de diez minutos a pie. También podrías bajarte en Jamaica Station y coger el tren E en dirección a Manhattan, haciendo transbordo en West 4th Street–Washington Square y desde ahí…"*

Suspiro y pongo los ojos en blanco. Mucho más fácil coger un taxi.

—¿Es su primera vez en la Gran Manzana? —pregunta un hombre con un turbante naranja y una gran barba, que se sienta al volante.

Me cuesta un poco entenderle. ¿Tan diferente suena mi idioma de un sitio a otro?

—He estado algunas veces, pero solo por trabajo. Supongo que sí, esta sería mi primera vez como turista —respondo mientras pego la frente a la ventanilla.

—Tiene la mirada típica de los turistas cuando ven el caos del tráfico en el aeropuerto —me informa, dejando escapar una sonora carcajada.

Y supongo que tiene razón, porque cuando cruzamos el Puente de Queensboro y diviso a lo lejos el skyline de Manhattan, mi corazón se acelera. Los rascacielos se alzan hacia el cielo como sacados de una película.

Antes de que me quiera dar cuenta, emergemos en la bulliciosa calle 34 y me encuentro envuelta en un nuevo caos. Taxis, peatones corriendo de un lado a otro, vendedores ambulantes.

Los imponentes edificios de la Tercera Avenida dan paso a una zona más tranquila en cuanto giramos a la izquierda, hacia el oeste por la calle 14. Finalmente, al entrar en Greenwich Village, todo vuelve a cambiar. Las calles se tornan más estrechas, flanqueadas por edificios de ladrillo visto. A ambos lados, puedo observar acogedores cafés, pequeñas librerías y boutiques. Se hace difícil creer que estemos en la misma ciudad que hace veinte minutos. De hecho, casi parece que

he atravesado varias ciudades diferentes en un solo viaje.

—Hemos llegado —indica el conductor, señalando un pequeño edificio de seis pisos.

Sonrío y redondeo la cantidad que marca el taxímetro hasta el número entero más cercano. El taxista se me queda mirando con el rostro muy serio y pronto comienza a gritarme. De modo acelerado y en un acento que no consigo comprender bien, me recrimina que la propina debe estar entre el 15 y el 20 por ciento del total y prácticamente le doy el primer billete que encuentro para que me deje tranquila.

Mal comienzo.

Temblando de frío, forcejeo con las llaves y consigo abrir la puerta. El apartamento es pequeño, pero se nota a la legua que ha sido decorado con esmero.

—No está mal, Noa Sullivan, nada mal —murmuro, deslizando la punta de los dedos por una estantería llena de libros y...

Joder, todos los libros están escritos por la misma persona… Noa Sullivan. Por eso me sonaba el nombre. Mierda, estoy intercambiando la casa con una escritora de thrillers famosa. Cuando se lo cuente a mi hermana no se lo va a creer.

Sigo husmeando y, sobre la mesa del salón, destaca una enorme hoja de papel amarilla que llama de inmediato mi atención.

“Hola, visitante australiana. Si estás leyendo esta nota es que has llegado sana y salva al apartamento. Si no la estás leyendo, es que no has llegado y… Bueno, vamos a centrarnos en la primera opción. Soy Anya, la mejor amiga de Noa y tu comité no oficial de bienvenida. Descansa un poco y llámame cuando estés lista para explorar la ciudad. Te dejo mi teléfono. Que no te dé vergüenza, solo muerdo cuando me lo piden con amabilidad.”

No puedo evitar entornar los ojos y menear la cabeza. Suena exactamente igual que mi hermana.

“Hola, comité no oficial de bienvenida. He llegado sin problemas al apartamento. Estoy muerta de cansancio, pero te tomo la palabra y me apunto mañana a eso de explorar la ciudad.”

Envío el mensaje antes de que me entren las dudas. Mi hermana Sophie se sentiría orgullosa de mí. Ni siquiera he hecho una búsqueda por internet para ver quién es esa tal Anya.

“Nos vemos en el Stonewall Inn a las 11 de la mañana. Felices sueños”.

Eso sí que es rapidez en contestar a un mensaje.

***

Stonewall Inn.

Las letras que lo anuncian son imposibles de ignorar, al igual que la multitud de banderas arcoíris que cuelgan de su fachada y se mueven con cada ráfaga de viento. La puerta es negra y sólida, con un aire de misterio que te invita a entrar y descubrir lo que hay en su interior.

—Tú debes ser Nicosia, ¿verdad? —pregunta una mujer morena con el pelo corto y unos ojos bellísimos.

—La misma, ¿eres Anya?

—Por la cara de asombro que has puesto mirándolo todo, tenía claro que no eras de por aquí —bromea.

—Ya, lo mismo me dijo el taxista —admito con un susurro.

Prefiero no confesar mi pequeño percance con la propina.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —inquiere mientras entramos en el local.

Niego lentamente con la cabeza y sus ojos se iluminan, como si estuviese encantada de darme mi primera lección sobre la historia de Nueva York.

—Aquí empezó el orgullo. Justo en este lugar —expone, señalando alrededor con el dedo.

—¿En este local?

Durante la siguiente media hora, escucho absorta mientras Anya teje la historia de los disturbios de Stonewall en 1969. Sus palabras describen una imagen vívida de aquella noche en la que un diverso grupo de personas valientes dijo basta a años de acoso y opresión.

—Fue la primera vez que la comunidad se unió contra el sistema. Algo histórico —asiente orgullosa—. Lo cambió todo. Las primeras marchas del Orgullo en los Estados Unidos, la lucha por los derechos LGBTQ+… todo empezó aquí —suspira y sus ojos se humedecen de manera repentina.

—Guau.

—Lo siento, seguramente te estoy aburriendo, pero quería que conocieses este sitio antes de regresar a Australia. Es algo que no suelen enseñar a los turistas cuando visitan Nueva York.

—En realidad yo… yo soy parte de la comunidad, así que ha sido una historia asombrosa. Me alegro mucho de que la hayas compartido conmigo —confieso antes de dar un largo sorbo a mi café.

No responde, pero la mirada que me dedica, y el gesto instintivo de morderse el labio inferior, me pone un poco nerviosa.

CAPÍTULO 4

Nicosia – Nueva York

Tres horas más tarde, el mundo parece inclinarse mientras trato de mantenerme en pie sobre el hielo. Anya ha tenido la brillante idea de llevarme a patinar a una de las pistas del Central Park. Lo que hace un rato me parecía divertido, en estos instantes se convierte en la peor decisión de la historia.

Miro con aprensión la pista mientras hacemos cola en el puesto de alquiler de patines, atendido por un señor mayor con pinta de estar muy aburrido.

—Talla —gruñe.

—Siete.

El hombre se asoma ligeramente y mira a mis pies con interés. Frunce el ceño y gruñe de nuevo antes de volver a hablar.

—No, ocho —corrige.

—Creo que no.

—Llevo alquilando patines desde antes de que tú nacieses, cariño. Eres una talla ocho —asegura, zanjando la discusión.

—Puede que Bernie lleve trabajando aquí desde la Edad de bronce, más o menos, pero nunca se equivoca con las tallas de los patines —bromea Anya, pegándome un ligero codazo en las costillas.

—Te va a oír —le advierto con disimulo.

—Está medio sordo. Además, somos buenos amigos —aclara mientras busca algo en Google —. Mira, al final va a tener razón —indica, girando el teléfono para dejarme ver la pantalla—. En Australia usáis una talla menos que en Estados Unidos. Por eso allí eres un siete, pero aquí un ocho.

Me deslizo sin soltar la barandilla, ganándome las protestas de un grupo de niñas de unos siete u ocho años cuando las aparto de un empujón para no separarme.

—Es que es australiana, como los canguros —se disculpa Anya y las crías me miran con los ojos muy abiertos, como si yo misma fuese uno de esos animales.

Maldigo varias veces, ignorando los consejos de mi guía y sus indicaciones de que flexione las rodillas y me deje llevar. No pienso soltarme ni un solo instante.

—Entonces, ¿solo has estado en Nueva York por trabajo? —inquiere Anya, patinando hacia atrás a mi lado con una soltura envidiable.

Solamente asiento, más concentrada en no caerme que en emitir algún tipo de sonido que se asemeje a una palabra. No quiero distracciones.

—Te voy a enseñar sitios únicos, me caes bien —afirma, alejándose de mí y dirigiéndose hacia el centro de la pista, donde hace una especie de pirueta.

En ese momento, me olvido momentáneamente de dónde estoy, ignorando mi precario equilibrio, y pronto siento que los patines se deslizan hacia delante como si tuviesen vida propia.

—Uf —el golpe de mi culo contra el hielo se escucha en todo Central Park. Las niñas de antes hacen un círculo a mi alrededor y tratan de ocultar la risa mientras se miran las unas a las otras.

—¿Estás bien? —pregunta Anya, extendiendo la mano para ayudarme a ponerme en pie.

—Creo que esto de patinar no es lo mío —confieso mientras llevo la mano a la nalga derecha, que se ha llevado la peor parte del impacto.

Por fortuna, tras mi caída, decidimos abandonar la pista de hielo y poco más tarde el vapor de un delicioso chocolate caliente se eleva frente a nosotras. Anya sostiene la taza con ambas manos y la bebida dibuja volutas en el frío aire.

—El verano pasado estaba en una de esas fiestas en una azotea. Bueno, son típicas de Nueva York y…

—Vivo en Sídney —le recuerdo—. No en Arnhem Land o algún sitio remoto de Australia. También tenemos rascacielos y fiestas en azoteas.

—Bueno —continúa, ignorando mi comentario y haciendo un gesto indeterminado con la mano—. Pues allí estaba yo, con un vestido nuevo que me marcaba cada curva, sintiéndome la reina de la fiesta y entonces, ¡bam! Un jodido halcón apareció de la nada y…

—¿Un halcón?

—Sí, anidan en varios edificios altos de la ciudad—explica—. El caso es que decidió que el sombrero de paja que me habían regalado en la fiesta era un buen complemento para su nido y se lanzó en picado hacia mí. ¡Imagina qué susto!

—¿Te atacó?

—No, se llevó el sombrero, pero casi se me para el corazón —bromea, llevándose una mano a la frente mientras ríe de un modo adorable.

—¡Joder! —suspiro.

—Imagina, en medio de una fiesta elegante, gritando a un halcón que ya se había marchado con mi sombrero.

Anya gesticula de manera exagerada mientras sigue riendo y pronto, abandono mi habitual compostura para echar una carcajada que consigue que casi me atragante con el chocolate.

—¿Lograste recuperar el sombrero? —pregunto una vez que dejamos de reír.

—No, pero me llevé una gran historia y conocí a una camarera guapísima, así que lo considero una victoria —ironiza con un guiño de ojo—. Salimos juntas un tiempo, recuérdame que un día te cuente la vez en que nos quedamos atrapadas en un vagón de metro con un grupo de mimos durante una avería.

—Eres increíble —admito meneando la cabeza divertida.

—Bueno, cuéntame algo de ti. ¿Estás huyendo como Noa o ya tenías pensado venir a Nueva York en Navidad?

—¿Huyendo?

—Ay, olvida que he dicho eso, Noa me va a matar —se apresura a decir, meneando las manos frente a mí con las palmas abiertas.

—No lo sé —suspiro—. Supongo que es complicado. Fue algo repentino y eso es raro en mí. Estaba un poco quemada en mi trabajo, me dejó mi novia y…

—¿Lo acabas de dejar con tu novia?

Clava los codos en la mesa y entrelaza los dedos, descansando la barbilla sobre ellos y, por algún motivo que desconozco, algo me empuja a contarle mi reciente ruptura amorosa a una completa extraña. O quizá, precisamente por eso, porque sé que cuando regrese a casa dentro de dos semanas, nunca más la volveré a ver.

—Es complicado —comienzo, apurando el último sorbo de mi chocolate caliente—. Era modelo, físicamente perfecta. Estuvimos juntas cinco años, pero creo que —me detengo, buscando las palabras adecuadas.

—¿Crees que…?

—Joder, me siento horrible reconociendo esto. Vas a pensar que soy una gilipollas —admito, mordiendo mi labio inferior—. En el fondo, ahora en frío, a veces pienso que estaba más enamorada de la idea de ella que de la realidad. No sé si tiene sentido, estaba tan metida en la carrera profesional, en ser socia de un despacho de abogados poderoso, con un coche caro… que inconscientemente, busqué una pareja que encajase con esa imagen. Joder, suena patético, lo sé.

Te juro que no soy mala persona.

—¡Guau! Al menos te has dado cuenta. Supongo que en el fondo, aunque te haya dolido, ha sido bueno a largo plazo.

—Espero que sí —suspiro mientras desbloqueo la pantalla del teléfono que se ha puesto a vibrar.

—¿Trabajo? Has puesto cara de asco.

—Sí —confieso, decidiendo si respondo o ignoro la llamada.

—No tienes por qué contestar, ¿lo sabes? Estás de vacaciones. Por cierto, ¿qué hora es allí? ¿Tus compañeros no duermen?

—En los grandes despachos de abogados no hay vacaciones reales. Si un cliente importante tiene una emergencia, debemos atenderla. En Sídney son las siete de la mañana, empezamos temprano —aclaro, encogiéndome de hombros—. Te prometo que seré rápida.

—Tranquila, yo te prometo que no me fugo —bromea.

Meneo la cabeza y sonrío, alejándome ligeramente para tener más intimidad.

—Nicosia Walker al habla —respondo, preparándome mentalmente para cualquier crisis jurídica que me espere al otro lado del mundo.

CAPÍTULO 5

Noa - Australia

En el instante en que llego a Byron Bay, siento que me sobra la ropa de abrigo que traigo puesta. El aire aquí es diferente, salado, lleno de posibilidades.

Me quedo frente al porche de la casa, la maleta a mis pies, cierro los ojos y dejo que el sol de Australia bañe mi rostro. Es diciembre, pero en vez de abrigarme contra el viento helado de la ciudad de Nueva York, necesito quitarme prendas de ropa cuanto antes.

—¡Tú debes ser Noa! Te estaba esperando —chilla a mi lado una mujer rubia, con el pelo algo desordenado y la piel bronceada—. Soy Sophie, la hermana pequeña de Nicosia. ¡Bienvenida a Byron Bay!

Antes de que consiga responder, me envuelve en un larguísimo abrazo que me pilla por sorpresa. Los neoyorquinos no somos precisamente conocidos por nuestro afecto físico con extraños. Bueno, quizá Anya sí, pero el resto no tanto.

—Gracias —logro decir cuando finalmente se separa —. Esto es… esto es precioso — confieso, mirando alrededor.

Sophie sonríe, parece orgullosa del sitio en el que vive.

—Espera a ver la casa de Nica. Es un pequeño pedazo de paraíso —asegura, cogiendo mi maleta y dirigiéndose a la puerta de entrada—. Vamos, tengo una cesta de productos locales esperándote como regalo de bienvenida.

En cuanto entramos, Sophie habla sin parar. Señala sobre un mapa extendido sobre la mesa, lugares de interés, compartiendo algunos detalles de la historia de la ciudad y de las localidades cercanas. Sobre todo de la fauna marina local.

—¿Qué te trae desde Nueva York a una pequeña localidad costera australiana? ¿Buscas inspiración para tu próximo bestseller?

—¿Cómo has sabido que…?

—Leí uno de tus libros el año pasado. El susurro de medianoche, creo que se llamaba.

Mierda, ese es mi penúltimo libro y, en general, tuvo unas críticas mucho peores de lo que sería conveniente. La trama era buena, pero la protagonista no llegó a captar a las lectoras.

—Si te soy totalmente sincera, no me gustó —añade, encogiéndose de hombros—. Pero, oye, es que yo soy más de comedias románticas, no de thrillers.

¿Quién sabe, quizá el cambio de aires me inspire también para un cambio de género? —bromeo.

La casa es muy grande, pero al mismo tiempo acogedora. Tiene una decoración ecléctica. Nada que ver con mi minimalista apartamento en Nueva York. Los sofás están cubiertos con unas mantas de colores brillantes y de las paredes cuelgan bonitas fotografías en blanco y negro.

—Esas fotos son mías —anuncia Sophie orgullosa, señalándolas con el dedo—. Te he dejado algo de comida y bebida en la nevera, además de la cesta de productos locales. Ya mañana te acompaño a la tienda y compras lo que necesites. Ah, quizá te cruces con un gecko leopardo. Se llama Julio y es inofensivo, aunque le gusta pasarse por el baño mientras te duchas.

—¿Un gecko leopardo? ¿Es grande? ¿Tengo que cuidarle? En el perfil de la casa no ponía nada de animales —las preguntas se apresuran a salir de mi boca.

—¿Grande? No, unos veinte centímetros. No tienes que cuidarle ni nada, vive solo en la casa habitualmente y le pongo comida y agua de vez en cuando. Pero, ten cuidado, mi hermana se llevaría un disgusto si le pisas y se muere —advierte con una sonrisa.

Lo que me faltaba.

***

La mañana siguiente llega demasiado pronto. Me despierto y por unos instantes, no tengo ni idea de dónde estoy. Todo está en demasiada calma. No escucho el tráfico, ni el ulular de las sirenas en la calle, tan puedo oír el trino de los pájaros y el sonido de las olas.

Me acerco a una de las ventanas y observo las vistas. Está amaneciendo y el sol comienza a teñir el océano de brillantes colores. Respiro hondo y sonrío. Esta paz es justo lo que necesitaba.

Aunque la paz dura poco, porque el timbre de la puerta me devuelve a la realidad.

—Muévete, escritora, las olas no esperan a nadie —indica Sophie, dando unas palmadas mientras habla.

Señala hacia un jeep descapotable negro en el que hay dos tablas de surf y el bikini que lleva puesto muestra un cuerpo imposiblemente perfecto.

—No tengo ni idea de surfear —suspiro, siendo de pronto consciente de mi incapacidad para realizar cualquier deporte.

—De eso se trata, de que pruebes cosas nuevas. No puedes irte de Byron Bay sin hacer surf, así que mejor que taches esa necesidad el primer día —responde sin hacer ningún caso a mis

protestas—. ¡Vamos, cámbiate de ropa!

Cuando llegamos a la playa, no hay ni una sola nube en el cielo y trato de hacer una nota mental sobre los colores y los olores, tan diferentes a Nueva York. Ojalá hubiese traído mi cuaderno para poder apuntarlo.

Al llegar al borde del agua, Sophie se detiene y se gira. Su expresión repentinamente seria.

—Antes debemos presentar nuestros respetos —indica.

—¿A quién?

—Al océano y sus criaturas —responde, como si fuese lo más natural del mundo.

Parpadeo confusa, incapaz de decidir si me está tomando el pelo o lo dice en serio, aunque casi me decanto por la segunda opción. Pronto, recita en voz baja algo sobre tratar con respeto a todas las criaturas, agradeciendo al mar por darle la bienvenida y no sé cómo reaccionar.

—Puedes simplemente pensarlo —tercia al ver que ninguna palabra sale de mi boca.

Me siento un poco ridícula, pero algo me empuja a murmurar, de manera apresurada, algo parecido a un agradecimiento.

—Ahora, a surfear —anuncia, metiéndose en el agua y haciéndome una seña con la mano para que la siga.

Como era de esperar, la siguiente hora es un torbellino de instrucciones, caídas de la tabla y tragar más agua por la nariz y la boca de la que me gustaría admitir. Pero también de risas. Muchas risas. Momentos de alegría pura cada vez que logro ponerme de pie sobre la tabla durante más de tres segundos seguidos.

Y entonces sucede. Atrapo una pequeña ola, siento deslizarse la tabla debajo de mí, y de repente, estoy de pie, surfeando la ola todo el camino hasta la orilla. La emoción es indescriptible. Entro en la arena y me siento libre, viva, y cuando Sophie corre para abrazarme y siento sus manos recorrer mi espalda debo hacer un enorme esfuerzo para que no se me escape un suspiro.

—Sabía que lo conseguirías —susurra, abrazándome de nuevo antes de darme un rápido beso en la mejilla.

Creo que me pongo roja como un tomate, aunque el comentario que viene a continuación es peor aún.

—Noa, ¿me estás mirando los pezones? —pregunta sorprendida, estirando la parte de arriba de su bikini y consiguiendo que yo desee que me trague la tierra de la vergüenza que siento en estos instantes.

Por suerte, no le da ninguna importancia y pronto estamos de nuevo balanceándonos en nuestras tablas a la espera de nuevas olas, aunque yo hago todo lo posible por mantener la mirada fija en sus ojos o bien perdida en el horizonte.

Y mientras el sol baña nuestros cuerpos, como de la nada, una idea surge dentro de mí. Un thriller ambientado en un pequeño pueblo de la costa. Un habitante local con un oscuro secreto, una urbanita americana fuera de su elemento y una desaparición que sacude a toda la comunidad.

—Tierra llamando a Noa —la voz de Sophie interrumpe la creación de la trama—. Tienes esa mirada que pone mi hermana cuando se concentra en un caso y no presta atención a lo que le digo —bromea.

—Lo siento —me disculpo—. Estaba pensando en…

—¿En tu libro?

—¿Cómo lo sabes?

—Son muchos años teniendo como hermana a una adicta al trabajo —reconoce con un guiño de ojo—. Vamos, quiero presentarte a unos amigos.

Debería estar escribiendo, o intentándolo al menos. Las palabras del libro nuevo no aparecerán ellas solas en la pantalla. En cambio, por algún motivo que desconozco, no siento ningún remordimiento ni presión. Camino detrás de Sophie hasta un pequeño bar pegado a la playa. Está bien, puede que el movimiento de sus caderas y el culo más perfecto que he visto jamás tengan algo que ver con mi repentina felicidad.

Sentadas alrededor de una mesa de madera, Sophie me presenta a un grupo de artistas locales. Jasper, un pintor con más piercings de los que puedo contar que se especializa en paisajes marinos hiperrealistas. Zoe, una escultora que crea intricadas piezas en madera y vidrio y River, un artista que… Bueno, alguien que al parecer vivió una semana entera dentro de un castillo de arena gigante para concienciar a la gente sobre el cambio climático.

Y mientras comemos un Poke bowl con atún, aguacate y algún tipo de verdura que no logro identificar, pero que está deliciosa, y bebemos Kombucha, me encuentro garabateando en mi cuaderno unas notas rápidas para los personajes del siguiente libro. La forma en que la mirada de Jasper se ilumina cuando habla de cómo captura la ola perfecta en el lienzo. Los callos en las manos de Zoe, fruto de horas de trabajo en sus esculturas o la pasión en la voz de River cuando discute con Sophie nuevas ideas para proteger el ecosistema local.

Y, de pronto, la idea de desechar la trama que tenía preparada para centrarme en una nueva, toma cada vez más fuerza en mi cabeza.

CAPÍTULO 6

Nicosia – Nueva York

De improviso, las luces se atenúan y un silencio sepulcral se cierne sobre el teatro. Anya suspira cuando se levanta el telón, revelando un escenario que se transforma ante nuestros ojos en un país de las maravillas invernal. Es Broadway en todo su esplendor.

—Te va a encantar —susurra junto a mi oído mientras me coge la mano para apretarla ligeramente.

En cuanto las primeras notas musicales llenan el ambiente, me siento transportada a otro mundo. Es una historia de amor, de pérdida, de redención, ambientada en una mágica Navidad neoyorquina.

Durante una escena particularmente emotiva, Anya apoya la cabeza en mi hombro y un escalofrío me recorre la espalda al captar el tenue aroma de su champú.

—¿Estás bien? —inquiero, sin apartar los ojos del escenario.

—Estoy genial —sisea, aunque para mi sorpresa, continúa unos minutos más con la cabeza apoyada en mi hombro.

En el momento en que cae el telón, todo el teatro se pone en pie, aplaudiendo hasta que nos arden las manos.

—Esto ha sido… increíble —suspiro—.

—Bienvenida a Broadway. Sabía que te gustaría —responde, enlazando su brazo con el mío mientras salimos a la calle.

Ante nosotras, Times Square se extiende en un despliegue deslumbrante de luces y colores que hace que me dé vueltas la cabeza. Es como si alguien hubiese cogido el CBD de Sídney, le hubiese puesto esteroides y hubiese subido el brillo al máximo. A estas horas es espectacular.

Paseamos por la plaza y es como haber sido transportada a otro mundo. Tiemblo ligeramente por el frío aire, tan diferente del cálido clima de Byron Bay en esta época del año y Anya me coge por la cintura para acercarme a su cuerpo.

A nuestro alrededor, la diversidad de la gente es increíble. Turistas de todos los países sacando fotos, artistas callejeros: músicos, bailarines, caricaturistas y pintores. Los pocos neoyorquinos

que hay, se abren paso entre la multitud con una facilidad practicada con los años. El olor de las castañas asadas, pretzels recién horneados y perritos calientes se mezcla con el penetrante aroma de los tubos de escape de autobuses y taxis.

—Es un poco… abrumador —admito—. Aunque creo que en el buen sentido.

—Durante el día es completamente diferente —me asegura Anya.

De camino al restaurante al que Anya me lleva a cenar, hacemos una parada en una acogedora librería. Recorro con la vista las estanterías, deslizando los dedos con cuidado sobre el lomo de los libros.

—Noa y yo solíamos venir mucho cuando estábamos en la universidad —asegura, sacando un libro para echarle un vistazo—. Era nuestro pequeño refugio.

Estoy a punto de responder cuando un nombre familiar llama mi atención: Noa Sullivan. Saco el libro, un elegante tomo de tapa dura con una portada oscura y melancólica.

—Sombras en la ciudad —leo casi como un susurro.

—Sí, esa es nuestra Noa. Es un thriller muy intenso, más de lo que suele ser habitual en ella.

Abro el libro en un capítulo aleatorio y lo observo. Su técnica narrativa es rápida, con frases cortas y cautivadoras. Pero también oscura. Un marcado contraste con el cálido y acogedor apartamento en el que estoy viviendo.

—Es buena —reconozco.

—Lleva años encabezando las listas de más vendidos en su categoría.

Compro el libro para leerlo con calma y hacemos una pequeña parada en un pequeño café. Mientras lo hojeo, Anya me observa con una expresión divertida.

—¿Qué?

—Nada, es solo que… —Anya niega con la cabeza, sonriendo—. ¿Sabes? Me recuerdas un poco a ella, esa forma de fruncir el ceño cuando te concentras es muy típica de Noa.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno, muy bueno. Siempre me pareció adorable —confiesa, acariciando con suavidad mi brazo izquierdo.

Me pongo un poco nerviosa y bajo la cabeza. Creo que me ruborizo. Finjo estar muy concentrada leyendo el libro, aunque no puedo evitar lanzar alguna mirada furtiva a Anya mientras bebe su café.

—Cuéntame algo sobre Noa. ¿Cómo es?

—Es…complicada. Brillante, pero a veces se queda atrapada en su propia cabeza. Tiene una imaginación increíble y es extremadamente sensible, pero eso es un arma de doble filo, ¿sabes?. Ve la belleza en el mundo… y también su oscuridad.

De camino al restaurante, intercambiamos historias. Yo aprendo sobre algunas costumbres de los Estados Unidos. Ojalá alguien me hubiese explicado antes el complejo sistema de propinas, con un porcentaje sobre el total en taxis y restaurantes en vez de redondear hacia arriba, como hacemos en Australia. Me habría ahorrado el percance con el taxista que me trajo desde el aeropuerto. Yo, por mi parte, le cuento cómo es crecer en Australia, en un pequeño pueblo costero que es un paraíso del surf. Le hablo también de mi hermana Sophie, a la que ya empiezo a echar de menos.

—Va a volver loca a la pobre Noa —bromea—. Necesita tener todo planificado y, por lo que me cuentas, tu hermana es un espíritu libre.

Sonrío intentando imaginarlo. Adoro a mi hermana, pero a veces, es demasiado intensa.

—Es aquí —exclama, deteniéndose ante un pequeño restaurante con una puerta de madera oscura, enmarcada por dos macetas.

—*Il forno antico* —suspiro al leer el nombre, que cuelga en un letrero de hierro forjado.

Bajo un toldo burdeos, unos faroles iluminan la acera con una luz cálida y, cada vez que alguien abre la puerta, te envuelve un delicioso aroma a ajo y tomate que te invita a entrar.

Joder, esto se me empieza a parecer demasiado a una cita romántica. Una cita romántica, prácticamente perfecta.

Nos colocan en una mesa algo separada, acogedora, y la luz de la vela que tenemos entre nosotras suaviza la piel de Anya, haciéndola aún más hermosa.

“Quítatelo de la cabeza” pienso para mí misma, aunque el modo en que su dedo pulgar traza distraídos círculos en el dorso de mi mano no ayuda a que me relaje.

—Me alegro de que hayas decidido intercambiar las viviendas. Nueva York tiene su propio modo de sanar los corazones rotos —indica con una sonrisa por la que se podría morir.

Alzo los ojos con timidez y nuestras miradas se encuentran. Por un instante, me olvido hasta de respirar. Se inclina ligeramente hacia mí y yo imito su movimiento, mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que lo puede escuchar.

Justo cuando pienso que me voy a perder en un beso maravilloso, aparece un camarero con los platos que hemos pedido y rompe el hechizo. Anya alza los ojos al cielo y sonríe, negando lentamente con la cabeza. Yo estoy tan nerviosa que no sé ni cómo reaccionar.

Durante la cena, la conversación fluye con facilidad, aunque juraría que ahora hay una tensión

subyacente que no estaba antes. Sorprendo varias veces a Anya observándome cuando cree que no estoy mirando, y sé que yo estoy haciendo lo mismo.

De vuelta al apartamento de Noa, las calles están mucho más tranquilas.

—Lo he pasado muy bien esta noche —susurra frente al portal, colocando una mano en mi cintura.

—Lo mismo digo —suspiro.

Da un paso hacia delante y casi puedo sentir el calor de su cuerpo cuando se acerca. Detiene la mirada en mis labios para, a continuación, regresar a mis ojos. Quiero besarla. Joder, quiero besarla tanto que duele.

Pero, cuando se inclina un poco más, una voz en mi interior me recuerda que yo vivo al otro lado del mundo. De manera literal. Esto solo puede terminar de una manera.

Mal.

Y acabo de pasar por una ruptura.

En el último segundo, giro la cabeza y sus labios rozan mi mejilla en vez de mi boca. Noto que se tensa y da un paso atrás.

—Buenas noches, Anya.

Trato de disimular lo mejor que puedo que estoy temblando. Intento recordarme a mí misma que no hay ningún universo en el que esto podría funcionar. Lucho por ignorar el deseo que siento entre mis piernas.

—Buenas noches, Nicosia. Si quieres volver a quedar, tienes mi número. Estaré encantada —se despide y la decepción en sus ojos me rompe por dentro.

CAPÍTULO 7

Noa - Australia

El implacable sol australiano me quema los hombros mientras hundo las manos en la arena, en busca de otra botella de plástico que alguien ha dejado tirada. He perdido ya la cuenta de cuántas hemos recogido en las dos últimas horas, pero las enormes bolsas que acumulan los voluntarios me dicen que son demasiadas desde cualquier punto de vista.

—Esto es tan frustrante —masculla Sophie a mi lado, negando lentamente con la cabeza—. Cada vez que hacemos una de estas limpiezas, siempre hay más basura. Nunca se termina.

—Al menos estáis ayudando a marcar una diferencia —le recuerdo, acercándome a ella para acariciar la parte baja de su espalda, ya cubierta por una fina capa de sudor.

—¿Recuerdas las tortugas que te enseñé esta mañana desde el faro de Cape Byron?

—Creo que es algo que no olvidaré nunca —reconozco.

—Eran tortugas verdes, una especie que se muere y Byron Bay es uno de sus sitios para anidar —continúa, mordiendo instintivamente su labio inferior en un gesto de dolor—. Y, aun así, cada año encontramos a más y más de ellas enredadas en redes de pesca abandonadas o con los estómagos llenos de plástico. Confunden las bolsas con medusas, que es su alimento favorito.

—Joder —suspiro.

—Pero no son solo las tortugas, los delfines nariz de botella son famosos en la zona. Esos animales viven aquí todo el año, muchos turistas vienen de todas partes a verlos… y algunos de esos mismos turistas son su perdición. Hemos encontrado su aparato digestivo lleno de microplásticos, otros se enredan en los anillos de plástico de los packs de latas de cerveza. Y luego están las aves marinas. Las gaviotas plateadas, los pelícanos australianos, los piqueros marrones. Muchos mueren con los estómagos llenos de plástico que confunden con comida.

—Había leído algo sobre ello, pero no pensaba que fuese un problema tan grave —reconozco al ver que está realmente sufriendo mientras me lo explica.

—Joder, Noa, incluso las ballenas jorobadas. Ojalá hubieses venido unos meses antes para verlas. Por aquí pasa su migración anual y observar a esos gigantes del mar saltando fuera del agua es lo más espectacular que te puedas imaginar. Hemos tenido casos de ballenas varadas con

los estómagos llenos de plástico. Las crías son especialmente vulnerables.

De pronto, la botella de plástico que sostengo en mi mano ya no es tan solo basura. Es una amenaza.

—¿Sabes cuánto puede tardar esa botella en descomponerse?

—Ni idea.

—Está hecha de PET y tardaría entre 450 y 1000 años. Mucho más de lo que Estados Unidos ha sido un país. Durante ese tiempo se irá descomponiendo en trozos pequeños, los microplásticos que amenazan nuestra fauna marina. Perdona, te estoy aburriendo. Bastante haces con echarnos una mano en vez de estar haciendo turismo o escribiendo tu libro.

Sophie acompaña su disculpa con una sonrisa triste, muy diferente a las espectaculares sonrisas que suelen aparecer en su rostro. Y, durante unos instantes, siento una pequeña punzada de esa misma tristeza.

—Es interesante. No me estás aburriendo para nada y esto también forma parte de la vida de Byron Bay.

—Sí, por desgracia, también es parte de la vida de Byron Bay. Ojalá no fuese así. Creo que ha mejorado, desde luego, tratamos de hacer todos los esfuerzos posibles por concienciar y educar a la gente. Si te desplazas a este lugar para maravillarte con su fauna marina y con la belleza de sus playas, no hagas nada que dañe el ecosistema. Aportamos solo un granito de arena, pero todo suma. Por cierto, deberías ponerte más protector solar en los hombros. Te estás quemando —añade.

Antes de que pueda contestar, hurga en su mochila y regresa con un bote de crema solar, haciendo un gesto para que me gire.

El primer contacto me sobresalta. El frío contrasta de manera demasiado brusca con mi piel caliente por el sol. Suelto un pequeño jadeo involuntario que provoca en Sophie una risa maravillosa.

—¿Está muy fría? —pregunta, expandiendo la crema por mis hombros y dejando mi corazón al borde del infarto.

—Está…bien —logro murmurar, demasiado pendiente de que no se me escape un nuevo jadeo, aunque esta vez no por la sensación de frío.

Desliza los dedos sobre mis hombros con una suavidad que no parece de este mundo, aplicando la crema con movimientos circulares, perfectos.

Demasiado perfectos.

Excitantes.

Cierro los ojos y no puedo sacar de la cabeza la idea de Sophie aplicando la crema por todo mi cuerpo, haciéndome temblar bajo sus dedos, provocando que…

—Creo que ya estás bien protegida —sisea y creo que se me escapa un suspiro de decepción que espero que no haya escuchado.

—Cuéntame algo de tu vida aquí en Byron Bay, de cuando eras pequeña —sugiero, intentando que su conversación me distraiga la mente, aunque mi mirada se ve demasiado atraída hacia sus labios mientras habla y, de vez en cuando, hacia la parte de arriba de su bikini que me gustaría que desapareciese por algún tipo de magia.

—No creas que todos los días eran surfear e ir a la playa —bromea—. Esto es un paraíso y pienso que tuve una infancia muy feliz. Aun así, tenemos un clima subtropical y llueve mucho. No te puedes imaginar lo que es aguantar a mi hermana Nica, encerradas en casa sin poder salir por la lluvia.

—No podía ser tan malo.

—Adoro a mi hermana, pero siempre fue demasiado organizada, incluso de niña. Era como mi segunda madre. Mientras yo surfeaba o intentaba ayudar a salvar tortugas, ella me recordaba los deberes que me faltaban por hacer. ¿Sabes? Me va a matar si se entera de que te lo dije, pero tiene la manía de coleccionar objetos que encuentra por la playa. Conchas, guijarros, trozos de vidrio que arrastra el mar. De pequeña, hablaba con ellos como si fuesen sus amigos imaginarios. Todavía lo hace.

—¿Habla con ellos?

—¡No, tonta! Lo de coleccionar cosas que encuentra por las playas. Hablar con ellos espero que no —agrega con una carcajada tan auténtica que me derrite.

Y es que debo parecer idiota mientras observo embobada cómo echa la cabeza hacia atrás mientras ríe despreocupada. Sophie es… no sabría definirlo; una persona intensa, pero sin adulterar. Algo que en algún momento hemos perdido para adaptarnos a la vida moderna.

Como si fuese una señal para que no me lance en picado a por esos hermosos labios, el retumbar de los truenos se hace eco en la distancia y nos apresuramos a recoger mientras caen las primeras gotas de lluvia.

—Pasará pronto —me asegura, pasando una mano por su cabello húmedo antes de entrar en su Jeep.

De pronto, soy demasiado consciente de lo cerca que estamos sentadas, del olor a coco de su protector solar, mezclado con la sal y con algo único de ella.

—¿Qué te parece si te dejo en casa para que te des una ducha y trabajes en tu libro? Cada vez que te quito tiempo de escritura me siento mal.

Asiento con la cabeza y un tímido “vale” es lo único que se escapa de mis labios.

Me gustaría decirme que no me quita tiempo. Todo lo contrario. Empieza a ser para mí una especie de musa. Algo que jamás me había pasado. Cada minuto que estoy con ella se transforma en un torrente de ideas. No todas válidas, algunas directamente alocadas. Pero, ideas al fin y al cabo. Y en mi cabeza empieza a tomar forma una trama muy sólida para el siguiente libro.

—Si te apetece salir esta noche, hay un mercado nocturno en el pueblo. Habrá artesanos locales, música en vivo, comida increíble y…

—Me encantaría —respondo sin pensar y me temo que he sonado demasiado desesperada.

***

Por la noche, el aire parece saturarse con el aroma de carnes a la parrilla y comida local. Coloridos faroles se balancean con cada ráfaga de viento y confieren un resplandor cálido a los visitantes del mercado.

Sophie me guía por los diferentes puestos y cada vez que me coge la mano mientras caminamos, mi corazón se salta varios latidos.

—¡Tienes que probar los lamingtons de la señora Hanson! —chilla de pronto, cogiéndome de nuevo de la mano para arrastrarme hasta uno de los puestos.

Una señora de unos setenta años sonríe al verla. Tienen una pequeña conversación en la que Sophie le explica que vengo de Nueva York y estoy pasando unos días en la casa de su hermana Nica y, antes de que me quiera dar cuenta, le entrega uno de esos lamingtons, que insiste en no cobrar.

—¿Me vas a decir qué es?

—Es un bizcocho cubierto de glaseado de chocolate y coco rallado —explica, llevando la comida a mi boca sin ni siquiera preguntar.

Es dulce y suave, delicioso, aunque estoy más concentrada en los dedos de Sophie, literalmente a milímetros de mis labios, y en frenar el impulso irracional de lamer el chocolate que empieza a derretirse en esos mismos dedos.

—Está bueno, ¿eh? —susurra con una sonrisa extraña, que me hace pensar que se está dando cuenta de que, seguramente, necesito un cambio de ropa interior.

Y cuanto ella misma lame el chocolate de sus dedos y desliza el pulgar por su labio inferior, el suspiro que se me escapa me delata por completo.

—¿Bailas? —pregunta bajando el tono de voz hasta hacerlo nada más que un susurro.

Simplemente, asiento con la cabeza, demasiado avergonzada por el suspiro que se me ha escapado hace unos instantes.

En un pequeño claro, una banda de música toca en vivo canciones románticas y varias parejas de la zona se mueven al ritmo de la música.

—No sé bailar —confieso de repente.

Sophie deja escapar una pequeña carcajada, echando divertida la cabeza hacia atrás mientras se lleva una mano a la frente.

—¿Y para qué me has dicho que sí?

—No lo sé —admito, siendo demasiado consciente de que acabo de quedar como una imbécil.

—Déjate llevar —susurra, colocando con suavidad las manos en mi cintura y tirando de mí para acercarme a su cuerpo.

—No sé si es buena idea.

—Relájate, estás súper tensa —insiste.

Intento seguir su consejo, pero mi cuerpo es demasiado consciente de cada punto de contacto entre nosotras. El hecho de que lo haya susurrado junto a mi oído, tampoco ayuda demasiado.

Instintivamente, rodeo su cuello, percibiendo el suave perfume. El ligero roce de sus pechos contra los míos al bailar me hace temblar y me pregunto si ella también puede sentirlo.

—Lo estás haciendo muy bien —me asegura, de nuevo susurrando junto a mi oído.

—Gracias —siseo de vuelta, aunque no estoy segura de por qué lo digo. Quizá por el baile, por regalarme este momento. ¿Por todo?

Como si pudiese leer mis pensamientos, se aparta un poco, lo suficiente como para mirarme a los ojos. Su mirada se desliza hacia mis labios entreabiertos y el tiempo parece detenerse.

Lentamente, como si temiera romper el hechizo, se inclina hacia mí. Cierro los ojos, contengo la respiración y sus labios rozan los míos en un beso tan suave como el aleteo de una mariposa. Es un beso tierno, casi tímido. Perfecto.

CAPÍTULO 8

Nicosia – Nueva York

—¿Qué quieres decir con que te has acostado con Noa Sullivan?

—Pues justamente eso, Nica —responde mi hermana con calma—. Joder, no querrás que te dé detalles, ¿verdad?

Me quedo en silencio por unos instantes, luchando contra la confesión despreocupada de mi hermana, mientras observo la ciudad de Nueva York desde el apartamento de la escritora.

—Vale, el sexo fue muy bueno. ¿Es lo que querías saber?

—¿Tú estás tonta? Solo va a estar ahí dos semanas. Ya ni siquiera eso, doce días —insisto, pellizcando el puente de mi nariz mientras recorro nerviosa la casa.

—La vida es demasiado corta, Nica. Tienes que disfrutarla. Noa es muy guapa, estuvimos bailando y quizá bebiendo un poco. A las dos nos apetecía y ya está. Somos mujeres adultas, no hay que darle más vueltas. Surgió la oportunidad y actuamos en consecuencia. Así de simple.

Casi me la puedo imaginar encogiéndose de hombros mientras piensa que soy gilipollas.

—Pero… —comienzo la frase y luego me detengo. Hago una pausa, dándome cuenta de que no tengo un buen argumento que defender. Para ser honesta, ningún argumento, ni bueno ni malo.

¿Por qué estoy molesta? No es como si fuese la primera vez que Sophie tiene una aventura y se acuesta con una mujer a la que acaba de conocer. Y, en el fondo tiene razón. No tiene pareja, no le hace daño a nadie. Si a las dos les apetece, ¿por qué no?

Y entonces me doy cuenta.

Una pequeña voz en el fondo de mi mente, diminuta, susurra la verdad. Estoy celosa. No de Sophie específicamente, tampoco de Noa. Más bien de su capacidad para aprovechar el momento, para actuar según lo que desea sin pensar demasiado en las consecuencias. No como yo. En el fondo, siempre he admirado esa espontaneidad que tiene, aunque nunca lo admitiría en voz alta, y mucho menos delante de ella.

—Tierra llamando a Nica. ¿Sigues ahí o me has colgado el teléfono? —bromea—. ¿Sabes? Casi te puedo oír pensando desde Australia.

Suspiro, dejándome caer sobre el sofá mientras mi hermana se ríe. La fría sensación del cuero sobre mi piel me devuelve a la realidad.

—Sí, estoy aquí. Lo siento, Sophie, tienes razón. Ambas sois adultas y bueno, si os apetecía, pues… Asegúrate de que tienes claro que solamente es una aventura pasajera y no te quedas colgada —le recuerdo.

—¿Acabas de admitir que tengo razón en algo? ¿Tú? ¿La famosa abogada Nicosia Walker? Espera, déjame marcar este día en mi calendario. Quizá incluso mande hacer una placa a un artesano local para recordar la fecha —ironiza.

—Vete a la mierda —resoplo.

Se hace una pausa, y a continuación la voz de mi hermana se suaviza.

—Oye, ¿está todo bien por ahí? Pareces, no sé… más tensa de lo habitual. Y eso ya es decir mucho.

—No, tranquila, es solo el cambio de aires. Nada más —me apresuro a responder.

—No tiene que ver con una tal Anya que te está haciendo de guía turística improvisada, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Noa. Me estuvo enseñando fotos y menudo pedazo de pibón. Dice que seguramente te volverá loca, que se parece un poco a mí en la manera de ser. Debe ser todo un personaje.

—Sí, lo es —reconozco con un suspiro, alegrándome de que mi hermana no pueda ver la cara de tonta que seguramente tengo en estos instantes.

—Umm.

—¿Puedo decirte algo?

—Joder, Nica, ya sabes que sí.

—Anoche, cuando regresamos de cenar, casi me besó —confieso.

—¿Casi? ¿Te tropezaste y caíste en el último segundo? ¿Qué quieres decir con casi? ¿Una paloma se interpuso entre vosotras justo en ese momento?

—Estás muy graciosilla hoy, ¿no? —gruño.

—Es lo que tiene un buen polvo en comparación con casi un beso —bromea—. No, en serio. Lo siento. Venga, cuéntame qué ocurrió.

—Me aparté —suspiro.

—Guau. ¿No te apetecía? No pretendes volver con la modelo de nuevo, ¿no? Porque es una

zorra.

—No, no es eso, es que… ¿Qué sentido tiene, Sophie? Ella vive en Nueva York, yo en Sídney. No es que podamos coger el coche e ir a visitarnos ni nada de eso. Vivimos literalmente en el otro lado del mundo y...

—O también puedes disfrutar del momento por una vez en tu vida, ¿sabes? Nada te lo impide. No es necesario planificarlo todo en la vida, no todo lo que haces debe tener un fin concreto.

—Puf —resoplo, pasando una mano por mi melena.

—Mira, no estoy diciendo que salgas y te folles a la primera que encuentres, pero ¿tiene algo de malo un pequeño romance durante las vacaciones? Como cuando éramos adolescentes y viajábamos en familia, ¿te acuerdas?

—Eras tú la que tenía romances de vacaciones —le recuerdo—. Yo tenía que dar paseos por el hotel o escuchar vuestros gemidos en la cama de al lado.

—Bueno, pero ya sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Supongo que sí, aunque dudo que lo intente de nuevo a juzgar por la cara de decepción que puso cuando rechacé su beso —reconozco, negando lentamente con la cabeza—. Tendrías que haberla visto. Creo que… creo que realmente no se lo esperaba. Le hice daño. No me volverá a llamar hasta el último día para devolverle las llaves.

—Entonces, llámala tú —responde mi hermana, como si fuese lo más obvio del mundo—. Toma un riesgo por una vez, Nica. ¿Qué es lo peor que te puede pasar?

—¿Qué me mande a la mierda?

—Bueno, pero entonces…

—¡Joder! ¡Es ella! —interrumpo al ver una llamada entrante en mi teléfono móvil.

—¡Coge su llamada! —chilla Sophie, haciéndome sonreír al tiempo que pongo los ojos en blanco—. Recuerda, carpe diem y toda esa mierda. ¡Suerte! —grita de nuevo antes de colgar.

Apenas tengo tiempo de pensar cuando respondo a la llamada de Anya.

—Hola —respondo, tratando de comprender por qué mi corazón se ha acelerado.

—Hola, espero no estar interrumpiendo nada —saluda.

—No, tan solo hablaba con mi hermana y…

—Oh, creo que las cosas van muy bien por ese lado del mundo —bromea Anya, dejándome temporalmente sin palabras.

—¿Lo sabes?

—Hablé con Noa. Está… guau, tu hermana tiene que ser una persona realmente especial.

—Sí, creo que lo es —admito con un suspiro.

—Bueno, te llamaba porque si no tienes planes para esta tarde, mi familia tiene la tradición de decorar un gran árbol de Navidad en el jardín y también poner luces por la fachada. Estarán mis padres, mis hermanos, tres sobrinos. Pensé que… pensé que quizá te gustaría unirte a nosotros y vivir una experiencia de extravagancia navideña, como en las películas. Ya sé que en Australia también se hace algo así, pero no creo que lleguen a los extremos de mis padres y sus vecinos —explica.

—Me encantaría —respondo sin pensar.

—¿Eso es que todavía no te has cansado de mí?

—No. No sé cómo alguien podría cansarse de ti —admito y siento que se me pone roja hasta la punta de las orejas—. Pero ¿no estorbo en una reunión familiar?

—¿Estás loca? A mis padres les encantará. Te sacarán de quicio a preguntas sobre Australia. Ya verás, te vas a divertir, aunque ya te advierto que mi familia es un poco intensa. Y las decoraciones… el lema de mi padre es que si el árbol no corre el riesgo de caerse por el peso de los adornos, no estamos haciendo bien nuestro trabajo, con eso ya te lo digo todo —ironiza con una carcajada.

—Lo tendré en cuenta y procuraré mantenerme alejada por si se cae —respondo antes de colgar.

Dos horas más tarde, me detengo frente a una casa de piedra rojiza en Brooklyn, con una botella de vino en la mano como si fuese un salvavidas. La calle está relativamente tranquila, aunque dentro se pueden escuchar risas y lo que parecen villancicos desafinados.

—¡Has venido! —chilla Anya, envuelta en un suéter rojo con renos, abrazándome al verme.

—He traído vino —respondo con torpeza, enseñando la botella.

—El vino siempre es bienvenido, sobre todo cuando mi tía Margaret se empeña en colocar sus adornos hechos a mano en las ramas más altas. Ven, te presentaré a toda la tropa.

Y en verdad parece una tropa. La sala de estar es un torbellino de actividad con personas de todas las edades hablando o cantando alegremente mientras decoran la casa. Los niños corretean por el jardín trasero, donde un enorme pino domina una de las esquinas, sus ramas aún desnudas de adornos.

—¡Atención todos! —chilla Anya—. Esta es mi amiga Nicosia. Es australiana, como los canguros —añade.

Una vez más, tal y como había ocurrido en la pista de hielo, los niños se detienen y me miran con interés. Una cría de unos tres años incluso da saltitos con las manos pegadas al pecho.

Pronto, me veo en vuelta en un vendaval de abrazos y saludos. Me asaltan a preguntas mientras una mujer de unos sesenta años con unos ojos preciosos me entrega una taza de chocolate caliente.

—Mejor te lo bebes, mi madre no lleva bien que le rechacen nada —informa Anya, alzando las cejas.

Antes de que me quiera dar cuenta, me sorprendo a mí misma encaramada a una escalera mientras la familia de mi anfitriona me va pasando la decoración del árbol. Bolas de todos los colores, varias estrellas, trineos, renos… cualquier cosa relacionada con la Navidad.

—Pon esta arriba del todo —me indica con un guiño de ojo y cuando nuestros dedos se rozan, estoy a punto de caerme de la escalera.

Sus hermanos protestan mientras Anya me entrega una estrella torcida, claramente hecha por las manos de un niño.

—La hice cuando tenía cinco años, pero le da carácter al árbol —agrega con una sonrisa que vuelve a ponerme demasiado nerviosa.

A medida que la tarde avanza, me siento en un cómodo sofá junto Anya mientras el resto de la familia está preparando la cena o persiguiendo a los niños.

—Nica, sobre lo de anoche… en ningún momento pretendí que te sintieses incómoda. No voy a negar que me apetecía mucho besarte y pensé que era mutuo, pero…

—Lo era —interrumpo—. Lo es.

Las cejas de Anya se disparan hacia arriba.

—Fui algo gilipollas, al menos, eso me ha dicho mi hermana. Quería ese beso, pero, no sé. Soy complicada, muy rígida en mi manera de ser. Yo me marcharé dentro de unos días, acabo de salir de una relación y… Creo que me asusté —confieso.

—¿Sigues asustada? —susurra inclinándose hacia mí.

—Anya, yo…

No me da tiempo a responder porque unos labios suavísimos se apoderan de los míos y un beso perfecto toma el control de todo mi cuerpo. Es suave, corto, dulce, pero una tonelada de fuegos artificiales parece explotar alrededor y no recuerdo que me haya pasado antes.

—Guau —suspiro, apoyando mi frente sobre la de Anya mientras su dedo pulgar traza círculos en mi mejilla.

—Sí, guau —repite con una sonrisa hermosa.

CAPÍTULO 9

Noa - Australia

La primera semana de vacaciones trascurre en un abrir y cerrar de ojos. Había hecho algún retiro para escribir hace años y el tiempo parecía detenerse. En Byron Bay, en cambio, las horas vuelan. O quizá es la compañía de Sophie lo que consigue que eso ocurra. Llena mis días de risas y constantes sorpresas, cada minuto con ella es una aventura, algo especial. Y lo mejor de todo… las palabras parecen fluir cada vez que me siento al teclado. No creo en las musas, pero si existen, estoy totalmente segura de que Sophie es una de ellas.

Siete días, tan solo siete días y aún no consigo entender cómo esta mujer se ha colado con tanta fuerza en mi corazón.

—¡Noa, tienes que ver esto! —grita desde uno de los puestos del mercadillo navideño al que me ha arrastrado.

—No estoy muy segura de que esto encaje con la decoración de mi apartamento —murmuro al observar un Koala con un gorro de Santa Claus pintado sobre un bumerán de madera.

—Son un clásico. Tienes que llevarte uno —insiste, pagando antes de que pueda protestar.

Cuando me lo entrega, doy vueltas al bumerán en mis manos. Es quizá algo extraño, el koala que tiene pintado es posiblemente demasiado grande, pero, por algún motivo que desconozco, de pronto se siente perfecto.

—Tu primer adorno navideño australiano —susurra junto a mi oído antes de besarme el cuello, consiguiendo que se me ponga la carne de gallina—. Ahora tenemos que comprar regalos para tu familia. Hay que australianizar tu Navidad —añade, tirando nuevamente de mí para que me mueva.

Antes de que quiera darme cuenta, me encuentro rebuscando entre los puestos artesanales. Los adornos son bastante diferentes, a diferencia de los típicos tonos rojos, verdes y dorados que solemos usar en Estados Unidos, aquí utilizan colores más suaves como blanco, arena o azul celeste.

—¡Tienes que llevarte uno de estos! —grita de nuevo—. Me has dicho que a tu sobrino le gustaba la música, ¿verdad?

Parece que la turista es Sophie y no yo. Disfruta como una niña deteniéndose en cada uno de los puestos, explicándome los artículos más típicos de la zona o las diferencias con los Estados Unidos.

—Es un *didgeridoo* —explica, señalando al original instrumento que acaba de comprar para mí—. Es típico de los aborígenes australianos y se le considera uno de los instrumentos más antiguos. Más de 1500 años, ¿te imaginas?

Pronto, ya no es solamente el *didgeridoo* o el bumerán del koala con el gorro de Papá Noel. También son unos pendientes de ópalo para mi hermana y unos posavasos de madera tallados a mano con animales nativos de Australia.

—Normalmente, compro estas cosas por internet —reconozco encogiéndome de hombros, aunque la carcajada de Sophie me dice que cree que es una broma.

***

Cuando el sol comienza a ponerse sobre el horizonte, Sophie me lleva hasta la playa, donde un grupo de sus amigos se han reunido alrededor de una hoguera.

—Bienvenida a una Nochebuena al estilo de Byron Bay —susurra, apretando mi mano antes de besarme en la mejilla.

Pronto, me encuentro sentada junto a Sophie frente al fuego, disfrutando de los últimos rayos de sol e intercambiando historias con sus amigos.

—Así que tú eres la famosa escritora de Nueva York —dice un hombre enorme con muchos más tatuajes de los que puedo contar—. Sophie no ha parado de hablar de ti durante toda la semana, ya tenía ganas de conocerte.

Siento que me ruborizo, pero uno de sus amigos saca una guitarra y, a medida que cae la noche, comienzan a cantar villancicos. Empezamos por los más típicos y Sophie apoya la cabeza en mi hombro mientras entonamos las conocidas letras con el crepitar de las llamas como sonido de fondo.

—¿Qué demonios estáis cantando ahora? —pregunto sorprendida, sin poder creer lo que escucho.

Todos se ríen de mí y me explican que es un villancico muy conocido llamado *"Six White Boomers"* en el que Santa Claus llega a Australia en un trineo tirado por seis canguros blancos. No solo eso, sino que se encuentra a un canguro bebé que se ha perdido y lo monta en el trineo, ayudándole a encontrar a su madre. Vuelven a cantarla para mí y en nada de tiempo yo también estoy repitiendo el estribillo.

Con el pasar de las horas, los villancicos se vuelven cada vez menos afinados, seguramente

debido a las cervezas. Sophie desliza su brazo por mi cintura para atraerme hacia su cuerpo y cada uno de sus besos es tan perfecto que me hace clavar en la arena los dedos de los pies. Todo es tan diferente a la Navidad de Nueva York que parece que he cambiado de planeta.

—¿Pasas la noche en mi casa? —susurra contra mis labios, haciéndome temblar.

Solamente asiento con la cabeza, incapaz de hablar. Nos despedimos de sus amigos, que hacen alguna broma recordándole a Sophie que me dé la mejor Nochebuena de mi vida y empiezo a preguntarme si esto no estará yendo demasiado rápido, porque la semana que viene, cuando deba regresar a Nueva York, mi corazón se partirá en mil pedazos y no sé si habrá forma de recomponerlo.

Su casa es acogedora y cálida. Mucho más pequeña que la de su hermana Nicosia, pero llena de vida. Es típicamente ella; caótica y a la vez perfecta.

Se detiene frente a mí, su mirada, una mezcla de deseo y ternura. Coloca una mano en mi cintura y apoya mi cuerpo contra una de las paredes, besándome con suavidad mientras me acaricia la mejilla con el dedo pulgar. Cierro los ojos, perdiéndome en la sensación de sus pechos sobre los míos mientras nos besamos, y un ligero gemido se escapa de mi boca.

Cuelo las manos por debajo de su camiseta para acariciarle la espalda, la punta de su lengua busca la mía al tiempo que desabrocha cada botón de mi blusa con una lentitud embriagadora. Cuando cae al suelo junto a mis pies, sus labios trazan un maravilloso camino desde mi cuello hasta mi clavícula que me hace estremecer.

Tiro de su camiseta hacia arriba y cae junto a mi blusa. Sophie sonríe, la marca que el bikini ha dejado mientras el sol baña su piel me parece sencillamente perfecta. Ayer me pasé media tarde observándola desnuda, deslizando mis dedos por su pubis y alrededor de los pezones, memorizando los lunares de sus pechos mientras ella suspiraba.

Comienza a besar mis pechos y nos deshacemos con torpeza del resto de la ropa. Se separa ligeramente, muerde su labio inferior y sonríe antes de arrodillarse para besar mi sexo y hacerme temblar.

Apoyo las palmas de las manos en la pared y abro instintivamente las piernas, sintiendo su cálida lengua recorrer mi intimidad con una ternura imposible. Recorre mi sexo como si fuese un territorio sagrado, casi con devoción, y debo llevar una mano a la boca, doblando y mordiendo mi dedo índice, para que mis gemidos no se escuchen en la otra punta del país.

Separando mis labios con los pulgares, mueve la lengua de lado a lado sobre mi clítoris con una velocidad sorprendente, hace círculos sobre él, lo succiona entre sus labios. Grito. Enraízo mis dedos en su melena mientras le suplico que no se detenga. Cada movimiento de su lengua

sobre mi zona más sensible envía oleadas de placer por todo mi cuerpo mientras ella se toma su tiempo. Hace pequeñas pausas, cambia de ritmo. Me vuelve loca de deseo.

Me inclino hacia ella sin poder aguantar más tiempo. Deseando más. Necesitando más. Clava las uñas en mis nalgas, acercándome a su boca y cada uno de sus movimientos es perfecto, cada contacto de su lengua la promesa de un placer inimaginable.

—Déjate llevar, Noa —susurra contra mi sexo.

Y con esas palabras, la sensación de placer me consume, me envuelve, me lleva a un lugar en el que tan solo estamos nosotras dos. A un momento perfecto.

Es abrumador. Tiemblo, sujeto su cabeza contra mi intimidad para que no ose separarse y una oleada de calor se extiende por mi cuerpo, irradiando a través de cada fibra de mi ser.

Me estremezco, dejo escapar un grito apagado y una explosión de placer me deja sin aliento. Trato de agarrarme a Sophie mientras ella acaricia mis nalgas, apretándome contra la pared mientras tengo un orgasmo tan intenso que me consume, elevándome a un estado de éxtasis puro.

—¡Joder! Me cago en la puta —suspiro, tratando de recuperar el aliento, agitándome, al tiempo que Sophie continúa besando mi sexo con suavidad, prolongando cada oleada de placer hasta que ya no puedo más.

Me deslizo hasta sentarme en el suelo y ella se sienta a mi lado. Acaricia mi melena, me besa con ternura y el sabor de mi excitación en sus labios me parece lo más perfecto de este mundo.

—Vamos a la cama —sisea, levantándose y tirando de mis manos para ayudarme.

Ya en su dormitorio, nos tomamos nuestro tiempo para explorar con calma cada rincón de nuestros cuerpos, aprendiendo cada secreto, cada deseo.

Y después de un buen rato, agotada y con la cabeza apoyada sobre su pecho, mientras ella traza distraídos dibujos con la punta de los dedos en mi espalda, me asalta un pensamiento extraño.

En este pequeño pueblo costero al otro lado del mundo, junto a esta surfera de piel bronceada que me vuelve loca, me siento mucho más en casa que en Nueva York. Es como si este fuese el lugar al que siempre debí pertenecer.

CAPÍTULO 10

Nicosia – Nueva York

Me despierto con un zumbido y durante unos instantes, estoy desorientada. Gruño, buscando a tientas mi teléfono móvil en la mesita de noche. ¿Quién coño llama a estas horas el día de Navidad?

Anya: Te espero en el Puente Gapstow en 45 minutos. Ven bien abrigada. Hace frío.

Parpadeo confusa. Miro el reloj. Joder, son las nueve de la mañana.

Yo: ¿Qué tipo de psicópata envía mensajes para salir a estas horas el día de Navidad?

Anya: Tú ven. El reloj ya está corriendo, date prisa. ¡Y abrígate mucho!

Me llevo una mano a la frente y pongo los ojos en blanco. Anya está tan loca como mi hermana. Un poco más tarde de lo previsto, estoy entre la calle 59 y la Quinta Avenida, divisando a lo lejos la figura de Anya, sus mejillas ligeramente sonrojadas por el frío de la mañana.

—Pensé que ya no vendrías —exclama a modo de saludo.

—Tu mensaje no dejaba mucho espacio para la discusión —me quejo, encogiéndome de hombros.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —corta, haciendo una seña con la mano para que la siga.

Me conduce a un lugar justo al lado del puente, donde ha instalado una mesa plegable y dos sillas. Un mantel a cuadros rojos y verdes cubre la mesa y ha colgado unas luces navideñas del árbol más cercano.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —inquiero, asombrada por todo lo que ha preparado.

—El suficiente para cambiar tres veces la ubicación de las luces —bromea, sacando un termo de café—. Aunque te diré que ha valido la pena por ver tu cara de sorpresa ahora mismo.

A continuación, saca de una mochila unos cruasanes que me jura que son de la mejor panadería de Manhattan, algo de queso, fruta y…

—Joder, ¿eso son Tim Tams?

—Los compré para ti en una tienda de productos australianos. Espero que te gusten, porque

me salieron caros. Pero, bueno, supuse que te apetecería tomar algo de tu tierra.

—No me lo puedo creer, pero ahora tendremos que hacer un Tim Tam Slam, es como una tradición en Australia. Te va a encantar —anuncio, cogiendo una de las galletas.

Anya me mira confusa, sin saber de lo que estoy hablando, así que decido darle una explicación rápida.

—Presta atención, porque esto es un arte. Primero, muerdes las puntas de la galleta y ahora viene la parte divertida; utilizas la galleta como una pajita para tomar el café —explico mientras se lo demuestro.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Para nada, el calor derrite el interior de la galleta, que se mezcla con el café y está buenísimo. Pero ¡date prisa, joder! Que se derrite —indico haciendo un gesto para que espabile.

—¡Buah, está súper bueno! —chilla mientras su Tim Tam se desmorona por el calor, manchándole de chocolate la barbilla.

—¡Rápido, mételo todo en la boca! —grito, riendo mientras me atraganto con el mío—. Ven, deja que te ayude.

Me apresuro a limpiar con la punta de mis dedos su barbilla, aunque, cuando Anya me sujeta por la muñeca y se lleva mis dedos a la boca para chuparlos, apenas puedo respirar.

—Creo que eso no ha ayudado mucho a limpiarme —ironiza muerta de risa, mientras saca de la mochila unas servilletas de papel.

—No, creo que no. Bienvenida al club de los Tim Tam Slammers. La primera vez nunca se olvida.

Pronto, damos buena cuenta del resto de la comida mientras mantenemos una conversación tan fluida que parece que nos conocemos desde hace años. Es lo bueno de Anya, hace que todo parezca muy fácil. Vale, quizá el detalle de prepararme un desayuno de Navidad en medio de un parque cubierto de nieve tenga mucho que ver para que mi corazón comience a derretirse.

—¿Tienes ya controlado el tema de las propinas a los taxistas? —bromea, recordando mi aventura del primer día.

—Fue solo un malentendido cultural —protesto.

—Ya, bueno, no puedes jugar con esas cosas en Nueva York, la gente se lo puede tomar muy mal —me advierte, alzando las cejas—. Por cierto, te he traído un recuerdo —anuncia, entregándome un pequeño paquete.

—Pero, yo no… Podrías haber avisado.

—Calla y ábrelo. Es una tontería.

Una ráfaga de viento mece las hojas de los árboles mientras abro con curiosidad el pequeño paquete para descubrir una pequeña esfera de nieve en la que se puede ver a través del cristal algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad de Nueva York.

—¿Es para mi despacho? —bromeo mientras la agito y algo que pretende parecerse a la nieve se mueve en todas las direcciones dentro de la esfera.

—Hay otra cosa. En la base.

—¿Qué es? —inquiero al observar un pequeño trozo de vidrio pegado con celo.

—Lo encontré en el puente de Brooklyn, quizá lo puedes añadir a tu colección —agrega sin darle importancia.

—¿Cómo sabes que colecciono este tipo de cosas?

—Tu hermana me lo dijo —suelta de pronto.

—¿Hablas con mi hermana? —pregunto confusa.

—Puf, últimamente un montón, mientras Noa escribe su libro. Me muero de risa con ella.

Niego con la cabeza, entornando los ojos. Típico de mi hermana.

—Me gustaría hacer algún comentario inteligente ahora mismo, pero mi cerebro está demasiado ocupado con la idea de besarte —susurra, acercándose a mí lentamente para rozar mis labios.

—Eres bastante adictiva, aunque supongo que ya lo sabes, ¿no? —confieso, mordiendo mi labio inferior mientras sonrío antes de devolverle el beso.

Unos perros pasan corriendo a nuestro lado, dejando sus huellas en la nieve, aunque yo me centro en memorizar el suave tacto de sus labios sobre los míos. Mierda, va a ser duro regresar a Australia.

¿Cómo vuelves a la vida normal tras conocer la magia?

***

A la hora de la cena, el aroma del pavo asado que la madre de Anya ha preparado se extiende por toda la casa. Se ha reunido la familia al completo y, al igual que había ocurrido el día que les ayudé a decorar el árbol y las luces del exterior, me acribillan a preguntas sobre mi país.

No puedo evitar sonreír al observarles. Acostumbrada a celebrar la Navidad de manera muy tranquila, ellos bromean, se pasan la comida unos a otros, ríen mientras cuentan historias. En casa, posiblemente, hoy estaría comiendo con Sophie y sus amigos activistas. Inevitablemente, la conversación giraría en torno a sus muchas ideas para conservar la fauna marina y el ecosistema

de Byron Bay y yo, con mi trabajo como abogada de prestigio en Sídney, sería el blanco de numerosas críticas. Al fin y al cabo, mi despacho defendió hace años a una empresa que realizó uno de los peores vertidos de Australia. Algo que mi hermana no me perdona, a pesar de que yo ni siquiera trabajaba con ellos por aquel entonces.

—¿Has visto las fotos de Noa en Instagram? —interrumpe la hermana de Anya, devolviéndome a la realidad—. Celebró la Nochebuena en la playa, alrededor de una hoguera.

—La rubia australiana que estaba a su lado es preciosa —añade su marido, ganándose una mirada de desaprobación de su suegro.

—Es su hermana, así que más vale que no digáis nada malo de ella —bromea Anya haciendo un gesto hacia mí con la cabeza.

De pronto, todo el mundo se me queda mirando.

—A mí me pareces tú más guapa —susurra Anya a mi oído, consiguiendo que se me ericen todos los pelos de la nuca.

A parecer, Noa puso en su Instagram algo sobre el villancico “Six White Boomers”, con lo que me encuentro explicando la letra, haciendo las delicias de los tres niños pequeños que parecen encantados con la idea de que seis canguros blancos tiren del trineo de Santa Claus.

—Menos mal que encontraron a la mamá del cangurito bebé —suspira la más pequeña, dibujando una sonrisa en todos los presentes.

Tras los postres, toda la familia intenta cantar a coro el villancico y no me quiero imaginar las risas de mi hermana cuando vea el vídeo que han colgado en TikTok.

La noche avanza entre risas, aunque los más pequeños comienzan a echar cabezadas en el sofá, así que los hermanos de Anya deciden abandonar la casa de sus padres.

—Voy a llamar a un Uber —anuncio, sacando mi teléfono móvil.

—¡Quédate aquí! —corta Anya antes de que consiga desbloquear el teléfono.

—Eh… no creo que…

—Tonterías —interrumpe su madre—. La cama de mi hija es lo suficientemente grande para las dos. A no ser que te preocupen sus ronquidos.

—¡Eh, que yo no ronco! —protesta Anya mientras me hace una seña para que la siga a su habitación.

Trato de no pensar demasiado en lo que estoy haciendo, pero pasar la noche en la misma cama que esta mujer podría no ser la mejor de las ideas. No son sus ronquidos lo que me preocupa.

Al llegar a su dormitorio, me entrega una camiseta gastada de un conocido grupo de heavy

metal y paso un momento un poco incómodo mientras decido si me cambio de ropa en el baño o delante de ella. En vista de que Anya se desviste allí mismo, la imito, tratando, sin conseguirlo, de mantener los ojos alejados de los pechos más bonitos que he visto jamás.

En la oscuridad, soy demasiado consciente de su presencia a mi lado. Las sábanas huelen a ella, a esa mezcla de vainilla y algo único que empiezo a asociar a la magia.

Se gira para mirarme y nos quedamos a escasos centímetros la una de la otra. Extiende una mano para acariciar mi mejilla, haciéndome temblar al sentir su contacto.

—¿Tienes frío? —pregunta, aunque ambas sabemos lo que quiere decir en realidad.

Se acerca muy lento, dándome el tiempo suficiente para alejarme o impedirle que siga. Pero no quiero alejarme. Esta vez no. Me dejo llevar en un beso maravilloso, suave, cálido, perfecto, mientras una de sus manos se cuela por debajo de mi camiseta, acariciando mi pecho desnudo y haciéndome suspirar de deseo.

—Para, por favor —susurro, haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que consigo encontrar dentro de mí.

—¿Estás segura?

—Sí, lo siento. Es que… es que estoy muy cansada.

—Vale, buenas noches, entonces —masculla, dándose media vuelta y consiguiendo que me arrepienta de inmediato de lo que acabo de hacer.

Y el sueño tarda demasiado en llegar.

CAPÍTULO 11

Noa - Australia

El sol de la mañana atraviesa el denso dosel de la Reserva Natural Broken Head, creando un extraño patrón moteado en el sendero por el que caminamos. Sigo a Sophie y su melena rubia parece captar la luz mientras va señalando plantas y animales con el entusiasmo de una niña pequeña.

—¡Mira esto! —chilla, deteniéndose para mostrarme algún tipo de helecho—. Esta especie ya estaba aquí desde los dinosaurios, ¿te lo imaginas? Quizá por aquí corrió algún Australovenator o un Muttaburrasaurus.

—Te lo acabas de inventar, ¿no?

—Eres idiota, Noa —bromea, girándose para besar mis labios—. Pero, no, esas dos especies de dinosaurios existieron de verdad en Australia —añade, sonriendo mientras muerde su labio inferior antes de besarme de nuevo.

Mientras caminamos, voy tomando notas. Todo en este lugar parece una inspiración, desde la forma en que la luz se filtra a través de las hojas, hasta la sinfonía de los cantos de los pájaros en lo alto de los árboles.

—¿Tu libro sigue bien?

—Muy bien —admito—. Es como si alguien hubiese abierto de nuevo el grifo de la creatividad. Las palabras, simplemente, fluyen cada vez que me siento a escribir.

—Quizá tan solo necesitabas alejarte de toda esa presión de Nueva York —indica, cogiéndome de la mano mientras caminamos por una parte más empinada del sendero—. O conocer a una guapa australiana que te inspire —agrega, encogiéndose de hombros y dedicándome una sonrisa maravillosa.

El sendero serpentea, ofreciendo ocasionales vistas del océano a través de las aberturas en la vegetación. Sophie se detiene de cuando en cuando, señalando algunos datos sobre las especies de la zona; un enorme goanna tomando el sol sobre una roca o un colorido pájaro que dice que se llama loriquito arcoíris.

—¿Por qué sabes tanto sobre los animales y plantas de la zona? —inquiero, agachándome para

no darme en la cabeza con una rama baja—. Yo no sería capaz de identificar más de dos o tres especies de las que habitan en Central Park.

Se encoge de hombros y sonríe, aunque su mano aprieta de manera instintiva el pequeño cristal que cuelga de su cuello. Es su amuleto de la suerte de hoy, según me explicó antes, porque tiene una extensa colección y según ella, cada día uno de ellos llama su atención sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Es mi hogar —responde sin más—. Supongo que cuando amas algo quieres saber todo sobre ello.

Estoy a punto de responder cuando el sendero se abre para revelar una playa escondida, totalmente desierta a excepción de algunas aves marinas. El agua es de un color azul precioso, lo suficientemente transparente como para observar el fondo arenoso incluso desde donde nos encontramos.

—Bienvenida a mi lugar secreto —exclama con orgullo—. Muy pocas personas llegan hasta aquí.

Cuando bajamos, me quito las botas y hundo los pies en la cálida arena, relajándome de inmediato.

—¿Sabes? No había escrito tan bien en años. Es como si estando en este lugar todo fuese más claro de algún modo —confieso, tumbándome sobre la arena y observando un cielo azul intenso, sin una sola nube.

—Tal vez solo estás conectando con esa escritora que un día fuiste. Esa que no tenía el peso de las expectativas y escribía thrillers brillantes.

—¿Quieres decir que mis últimos libros no son buenos?

—Si buscas tu nombre en Google, encontrarás mucha gente que dice que tus primeros libros eran mejores. Nadie dice que los últimos sean malos, pero parecen seguir una estructura casi predecible. Supongo que antes escribías con más libertad.

—Me acabas de bajar la moral, ¿lo sabes? —admito, medio en broma, medio en serio.

—No seas idiota. Es solo que, a veces, nos quedamos tan atrapados en quien se supone que debemos ser que olvidamos quién somos —explica, empezando a quitarse la ropa.

—¿Vas a bañarte?

—Sí.

—No me has dicho nada de meter un bañador en la mochila —protesto confusa.

—Sin bañador, idiota —bromea, quedándose completamente desnuda.

Me quedo sorprendida, pero antes de que pueda preguntar si es seguro, ya se ha metido en el agua, sumergiéndose bajo una ola con la gracia de alguien que lo ha hecho miles de veces.

Me saluda al salir a la superficie, haciendo una seña con la mano para que la siga y el sol atrapa las gotas de agua en su piel, haciéndolas brillar. Pronto, mis inhibiciones se disuelven en el agua cristalina y me meto yo también desnuda en el mar.

Sophie se acerca a mí, el agua chapoteando justo por debajo de sus senos, los pezones duros por el frío y la excitación. Me coge por la cintura para besarme y la sensación de sus pechos rozando los míos envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

Desliza los labios por mi cuello, haciéndome jadear cada vez que la punta de su lengua recorre mi yugular, gimiendo mientras separa mis piernas con el muslo para presionar mi sexo.

Se separa ligeramente para trazar un dibujo imaginario en mi pecho con la punta de los dedos, haciéndome temblar de deseo.

—Eres preciosa, escritora —susurra justo por encima del ruido de las olas.

Solo sonrío, inclinándome hacia ella para perdernos en un nuevo beso que me deja sin aliento. Pronto, sus manos recorren mi cuerpo, trazando cada curva antes de apretar mis nalgas con fuerza y gemir contra mi boca.

Las olas chapotean alrededor de nosotras, el sol calienta nuestros hombros y es como si me hubiesen transportado a nuestro pequeño mundo, separadas de todo lo demás. Mueve las caderas contra mí, deslizando la mano derecha por mi vientre hasta mi sexo, haciéndome gritar de placer cuando cuela uno de sus dedos dentro de mí, mientras su otra mano aprieta mis nalgas.

Me pierdo en su ritmo, dejando que me penetre mientras enredo los dedos en su melena, sintiendo cada uno de los latidos de su corazón en mi piel. Es como un baile único, perfecto, de una sensualidad sublime.

Sophie jadea, echa la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y, en cada uno de sus movimientos, puedo sentir el deseo. Me besa de nuevo, su lengua busca la mía, saboreando el sabor salado de sus labios.

A medida que siento que se acerca el orgasmo, busco yo también su sexo y ella arquea la espalda justo cuando escuchamos el ladrido de un perro y la conversación de varias personas.

—¡Joder! —suspiro—. Tenemos que vestirnos.

—No me lo puedo creer, aquí nunca viene nadie —se queja Sophie en pleno ataque de risa mientras corremos hacia la orilla en busca de nuestra ropa.

Todavía desnudas, aunque con todas nuestras pertenencias, permanecemos escondidas detrás de la frondosa vegetación mientras una pareja juega con el perro en la playa. Mi corazón late

desbocado pero, al mismo tiempo, es un momento que jamás olvidaré.

—Espero que no se pongan a follar, sería muy incómodo —susurra.

—Sobre todo, después de habernos interrumpido a nosotras —añado alzando las cejas.

CAPÍTULO 12

Nicosia – Nueva York

La guirnalda de luces de colores se queda enredada en uno de los postes mientras trato de mantener un precario equilibrio sobre la escalera. Dos metros más abajo, Anya debería estar cuidando de que no me caiga. En cambio, juega distraída con un paquete de serpentinas.

—Si resbalo y me muero, tu fiesta se va a ir a la mierda. Lo sabes, ¿verdad? —protesto, intentando sonar muy enfadada.

—Yo te atrapo —bromea, extendiendo los brazos de manera dramática, como si ya me estuviese precipitando al vacío, aunque al menos, después sujeta la escalera.

Unos minutos más tarde, las luces que he colocado brillan ya en lo alto y ahora es el turno de buscar espacio para la exagerada cantidad de serpentinas de todos los colores que Anya ha comprado.

Al anochecer, la azotea de su edificio se ha transformado en algo mágico. Sobre nosotras, las guirnaldas de luces crean un dosel casi surrealista. Hemos colocado media docena de calentadores en lugares estratégicos para combatir el frío de la noche y en el medio, se sitúan un par de mesas generosamente cargadas de comida y bebida. Sobre todo de bebida.

A las diez, la fiesta está ya en pleno apogeo con una ecléctica mezcla de los amigos de Anya y me sorprendo a mí misma disfrutando de la música y la conversación mientras la observo convertirse en la anfitriona perfecta.

—Ven —susurra, extendiendo la mano y haciendo una seña para que la siga.

—Joder, tú tienes una obsesión un tanto peligrosa con las alturas y el riesgo, ¿verdad? —me quejo al observar que quiere que subamos una escalera hasta una parte minúscula de la azotea, donde parece haber una antena o algo similar.

—Ahí arriba están las mejores vistas —explica.

Y vaya si están las mejores vistas. La ciudad de Nueva York se extiende bajo nosotras como un brillante tapiz de luces y, a lo lejos, Times Square brilla como un gran faro.

—Dentro de un par de días es Año Nuevo, ¿tienes algún propósito para el próximo año?

—¿Ser menos rígida? —respondo, encogiéndome de hombros—. Aunque no sé si cuenta,

porque lo repito cada año.

—Me gusta cómo eres —susurra, acercándose a mí para besar mi cuello—. Así se hace más divertido cuanto te sueltas y eres tú misma.

Dice algo más antes de besar mis labios, pero apenas lo escucho. Todo en lo que consigo concentrarme es en la suavidad de su boca, en cómo sus manos se enredan en mi pelo o en los ligeros gemidos que escucho a apretar sus nalgas.

—Suerte que mi apartamento está tres pisos más abajo, me estoy muriendo de frío —sisea junto a mi oído antes de jugar con el lóbulo de mi oreja.

—¿Y la fiesta?

—Los invitados conocen la salida —responde, encogiéndose de hombros.

Poco más tarde, tropezamos tras cruzar la puerta de entrada, nuestras manos demasiado ocupadas en quitarnos la ropa.

Besa mi cuello con una suavidad exquisita, alternando los labios y la punta de la lengua, haciéndome temblar mientras me peleo con los botones de la blusa. Cuando por fin lo consigo, me empuja contra la pared de manera repentina y se me escapa un sonido que es mitad risa y mitad gemido.

—Te estás dejando llevar, abogada —sisea, colando una mano por debajo de mi cinturón para acercarme a ella.

—Me estoy dejando llevar —repito como una idiota, sorprendida de que no me esté ni siquiera planteando parar.

Todo lo que ocurre a continuación se convierte en un torbellino de sensaciones. La suavidad de las sábanas, el calor de su piel desnuda contra la mía, el modo en que suspira cada vez que beso su ombligo.

Cuando por fin desliza dos de sus dedos en mi interior, todo mi cuerpo se arquea sobre el colchón y suspiro su nombre como un mantra. Me hace el amor con lentitud, de manera deliberada y precisa, observando cada una de mis reacciones, deteniéndose justo cuando ve que estoy a punto de tener un orgasmo. Desesperándome de placer y deseo. Y, cuando por fin me permite llegar al clímax, con su nombre en mis labios y su boca en uno de mis pezones, el mundo entero parece reducirse tan solo a este instante.

Más tarde, mientras recuesto la cabeza en su pecho y Anya peina mi melena entre los dedos, mi teléfono móvil vibra en la mesita de noche y el nombre que parpadea en la pantalla consigue que mi estómago se revuelva: Harrison, Walker & Associates.

—No contestes —murmura Anya, chasqueando la lengua—. Joder, estás de vacaciones.

Pero ambas sabemos que lo haré, y el modo en que desvía la mirada me parte el alma.

—Nicosia Walker —respondo, cambiando la voz de manera instintiva a un tono más profesional

Al otro lado de la línea, James, uno de nuestros abogados jóvenes más prometedores, parece estar al borde de un ataque de nervios.

—Nica, por favor, te necesitamos de vuelta cuanto antes. La fusión de Morrison Inc. se está desmoronando y el cliente amenaza con irse a otro despacho.

Mierda, la vida irrumpiendo de nuevo con todas sus demandas y expectativas.

—Tengo previsto quedarme aquí otra semana más —anuncio.

—No puede ser. Te necesitamos en el despacho tras Año Nuevo. Hay una reunión de socios junto con los directivos de Morrison Inc. y tú eres la persona que mejor conoce los términos de la fusión —suplica James en tono de urgencia.

Cuelgo el teléfono sin asegurarle nada, mordiendo el labio inferior en un gesto de fastidio. Anya está muy quieta a mi lado, observándome con una expresión difícil de identificar.

—Así que aquí es donde se termina nuestro cuento de hadas —masculla.

—Debo volver.

—Lo sé —suspira—. Pero, de algún modo, me había imaginado que esto podría durar. Vale, dime que soy idiota, me lo merezco.

—¿Lo dices en serio?

—Dolorosamente en serio.

—Me dejo caer sobre el colchón y escondo el rostro entre las manos mientras resoplo. ¿Cómo explicarle que yo también lo he imaginado? No una, sino mil veces. ¿Cómo decirle que algo en mi interior sabe que es el amor de mi vida y que soy tan idiota por no estar dispuesta a luchar por ella?

Me callo y no digo nada. Anya se gira, me da la espalda y se queda también en silencio. Mi mente racional toma el control, o trata de hacerlo al menos. Intenta convencerme de que todo esto es una tontería, que apenas conozco a esta mujer, que es imposible sentir algo profundo por ella. Que mi vida está en Australia.

Una vida que ni siquiera sé si merece la pena ser vivida, porque no me hace feliz.

CAPÍTULO 13

Noa - Australia

—Por favor, dime que lo que sea que ese hombre está quemando es legal —mascullo con preocupación.

—El ritual del humo es muy antiguo y muy importante para los aborígenes, así que cállate y déjate llevar —protesta Sophie, colocando el dedo índice sobre sus labios.

Un humo dulce y terroso me envuelve mientras Uncle Jimmy, uno de los ancianos aborígenes de la zona, se mueve a mi alrededor. El aroma llena mis fosas nasales; penetrante, limpio, ancestral. Y siento que algo hace clic dentro de mí, como si la creatividad que estaba atascada durante tanto tiempo se liberase de pronto.

—Cierra los ojos y deja que el humo te limpie —susurra Sophie a mi lado, al tiempo que el anciano aborigen recita unas palabras que no entiendo.

Hago lo que sugiere y siento el calor del sol en mi rostro, se mezcla con la suave caricia del humo cada vez que Uncle Jimmy pasa a mi lado, con el crepitar de las hojas ardiendo, con el canto rítmico de los ancianos que por algún motivo, ahora se siente familiar.

—El humo lleva nuestras oraciones a los ancestros —explica el hombre con una voz profunda —. Ahuyenta las energías negativas y da la bienvenida a las positivas. Tiende un puente entre el mundo espiritual y el físico.

Quisiera sacar mi cuaderno y apuntar mil cosas, pero Sophie insistió mucho en que tan solo estuviese presente y me dejase llevar por la ceremonia.

Y lo cierto es que el humo parece envolverme como una suave manta. Con cada respiración, los plazos, las expectativas de mi editorial, mi manía por contar las palabras diarias y anotarlas en una hoja de cálculo, desaparecen. Al desvanecerse, son sustituidas por un millar de ideas. Nuevas tramas y subtramas, personajes complejos y tridimensionales, giros inesperados.

Cuando abro los ojos, lo primero que observo es la sonrisa de Sophie. Toca de manera distraída un cristal azul que cuelga alrededor de su cuello, el amuleto de la suerte de hoy, según me explicó antes. Y, por algún motivo que desconozco, el mundo parece más sencillo.

Tras la ceremonia, nos sentamos sobre un tronco caído. El sol de la mañana se ha vuelto

mucho más fuerte y Sophie hunde sus pies descalzos en la arena. Una tobillera hecha de pequeñas conchas tintinea cada vez que se mueve.

—¿Cómo te sientes tras la ceremonia del humo?

Juego nerviosa con un mechón de pelo, enredándolo alrededor de mi dedo índice, tratando de buscar las palabras adecuadas.

—Es como si hubiese estado escribiendo la historia equivocada todo este tiempo. Y no me refiero solo a mis libros, también a mi vida —reconozco con un largo suspiro.

Sophie sonríe, pero permanece en silencio. Inclina la cabeza, dándome tiempo para que continúe.

—Es extraño. Estos últimos años he estado tan enfocada en estar a la altura de las expectativas, en perseguir las últimas modas editoriales, en cumplir con los plazos de publicación, que olvidé por qué empecé a escribir en primer lugar. Quería contar historias que importasen, deseaba que la gente sintiese algo real, profundo, hacer reflexionar, no solamente entretener.

—¿Qué te impide cambiar?

—Los cambios dan miedo —admito, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Especialmente cuando tienes que volver a tu mundo dentro de unos días, tras Año Nuevo —añade con mirada triste.

—Supongo que sí.

—Pero, muchas veces, los mejores finales son aquellos que nos sorprenden —tercia, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja y su sonrisa es como observar el sol atravesando las nubes en un día de tormenta.

—Sophie, yo…

Intento decir algo, pero ella me interrumpe, colocando dos dedos sobre mis labios.

—Sé lo que vas a decir —confiesa—. Que vives en Nueva York. Que esto solo ha sido temporal. Que es complicado. Todas esas cosas racionales. ¿Sabes? Lo mejor de la vida es lo que nace del corazón y pocas veces es racional. Me estoy enamorando de ti y creo que a ti te ocurre lo mismo. No es solo sexo o atracción, es mucho más. Las dos lo sabemos, solo que tú luchas contra ello y yo no.

—Yo también me he enamorado —reconozco con un susurro—. Pero…

—Shhh, no hables. No pienses en ello. Deja que madure en tu corazón, no en tu cabeza. Vamos a mi casa —agrega, tirando de mi mano para que la siga.

Sonrío y camino a su lado. En silencio. Nueva York se siente como un eco lejano. Y quizá Sophie tiene razón, los mejores finales son, muchas veces, los que no te esperas.

Al llegar a su casa me besa, pero esta vez parece diferente. Más cargado, más urgente. Casi desesperado.

—Déjate llevar —susurra contra mis labios.

Y al hacerlo, siento la suavidad de su piel bajo mis manos, la forma en que jadea cuando beso su cuello, el temblor de sus dedos al desabrochar mi camisa, la calidez de sus manos al deslizarla por mis hombros antes de que caiga al suelo.

Traza con la punta de los dedos imaginarios dibujos que van desde mi clavícula a mis pechos, grabando cada roce a fuego en mi piel.

Ya desnudas, coge mi mano y me conduce hacia el baño. Abre la ducha y el vapor pronto llena la estancia, creando una atmósfera íntima, perfecta. Me guía bajo el chorro, su cuerpo muy pegado al mío, y el agua caliente que cae sobre mi espalda me hace sentir viva y renovada.

Enjabona mi cuerpo con cuidado, con una ternura infinita. Cada caricia, cada roce, se siente como la primera vez. Nos besamos bajo el agua de la ducha, sin hablar, pero no se necesitan palabras, porque cada beso es una promesa, cada caricia, un “te quiero”, cada gemido, una declaración de amor.

Y su piel contra la mía… el sueño más perfecto hecho realidad. Quiero decir algo, pero en lugar de eso, la beso de nuevo, tratando de memorizar el sabor de sus labios, la sensación de su piel, la forma en que suspira, porque algunas historias no necesitan palabras, tan solo necesitan ser vividas.

En algún lugar, mi teléfono suena. Quizá mi editor preguntando por el libro. Lo ignoro. Ella es lo único que importa ahora.

CAPÍTULO 14

Nicosia – Nueva York

Las luces de la ciudad parecen difuminarse a través de mis lágrimas mientras observo la confirmación del vuelo de regreso a Australia en el teléfono móvil. He decidido cambiar el billete y volver antes de tiempo. Estas cosas es mejor hacerlas de golpe, como arrancar una tirita o la cera caliente. No tiene sentido prolongar lo inevitable. Eso es lo que haría una persona racional. Cuanto antes regrese a Sídney, mucho mejor para todos.

Aun así, cuando recibo un mensaje de Anya invitándome a cenar, no tengo las fuerzas suficientes como para negarme.

—Es solo una noche más —le susurro a mi reflejo en el espejo del cuarto de baño.

El restaurante que ha elegido para mi cena de despedida es impresionante. Un local situado en la azotea de un rascacielos, las paredes de cristal te hacen sentir como si estuvieses flotando sobre Manhattan. Y el vestido azul que se ha puesto… ese escote… Mierda, es mejor que me olvide de esas cosas.

—Corre el rumor de que alguien pretende huir antes de tiempo —suelta en cuanto tomo asiento junto a ella.

Me deja sin palabras.

—¿Cómo lo has sabido?

—La pregunta es por qué no me lo has dicho tú —responde alzando las cejas.

—Iba a decírtelo esta noche —me defiendo mientras juego nerviosa con la servilleta—. El caso de la fusión corporativa en la que estamos trabajando se complica y debo estar allí.

—¿En Año Nuevo?

—Debo estar en el despacho cuanto antes —me defiendo, sin encontrar una justificación viable.

El camarero se presenta con una botella de champán que no pedí y ambas esperamos hasta que se aleja para continuar.

—¿Me vas a decir quién te lo ha dicho? —inquiero, prefiriendo pasar al ataque como si estuviese en un juicio.

—Tu hermana.

—Ya, se me olvidaba que ahora sois mejores amigas o algo así —gruño.

—Algo así. Y supongo que no tiene nada que ver con que estés asustada —insiste, colocando el codo sobre la mesa y apoyando la barbilla en la mano.

—Está bien, sí, estoy asustada. ¿Es eso lo que quieres escuchar? —respondo con brusquedad, aunque me arrepiento de inmediato de haberlo hecho—. Estoy más que asustada. Mierda, Anya, me cuesta admitir estas cosas, pero haces que desee cosas imposibles. Consigues que me cuestione todo lo que creía cierto.

—¿Cosas imposibles como tener una relación conmigo?

—Las dos sabemos que no puede ser —replico de manera abrupta.

—¿Lo sabemos?

—No es práctico.

—Ya, claro, no es práctico —repite bajando el tono de voz y el gesto que hace me indica que está claramente decepcionada—. Porque eso es lo que debe definir una relación para ti, ¿verdad? Debe ser práctica. Eso es lo más importante, que sea práctica —repite, dibujando unas comillas en el aire alrededor de esa última palabra.

—Lo que yo quiero no importa. Tengo una vida en Sídney, me costó mucho llegar a ser socia de uno de los mejores despachos de abogados del país. Tengo responsabilidades, tengo…

—También hay despachos de abogados en Nueva York, lo sabes, ¿verdad? Hasta, si me lo pides, sería capaz de dejar mi trabajo e irme a Australia —interrumpe, dejándome con la boca abierta.

—No puedo pedirte eso. No te ofendas, pero nos conocemos desde hace dos semanas. Admito que me haces sentir cosas que ninguna otra mujer me había hecho sentir, pero no puedo pedirte que abandones tu vida para iniciar una relación que no sabemos si va a funcionar.

—¿No comienzan así todas las relaciones? Nunca hay una garantía de que funcione, ¿no? En cambio, desde siempre, las personas han hecho sacrificios por amor.

—No es tan simple.

—¡Hagámoslo simple! —susurra, colocando una mano sobre la mesa con la palma hacia arriba para que coloque sobre ella la mía.

Nos quedamos un rato en silencio, la ciudad de Nueva York se extiende ante nosotras como un inmenso tapiz de luces mientras Anya traza círculos con su dedo pulgar en mi mano.

—Háblame de tus sueños, Nica —suelta de pronto, regalándome una sonrisa preciosa—. No

de tus planes, de tus sueños. Esos que tienes miedo de decir en voz alta pero que conoces.

Por un instante, cierro los ojos y me permito imaginar.

—Sueño con despertar cada día junto a alguien que me hace reír, alguien que me cuida y me quiere. Con vivir con una persona con la que pueda compartir cada fracaso y cada triunfo. Con… con una mujer con la que no debo ser perfecta todo el tiempo.

—Yo podría ser esa mujer —suspira.

Prefiero no responder. No me atrevo. Nicosia Walker, la temible abogada capaz de enfrentarse a cualquiera en un juicio, tiene miedo de admitir que está escapando de la mujer de la que se ha enamorado.

***

Al cruzar la puerta de su apartamento, nuestros besos ya no saben igual. Ya no son auténticos, salvajes, llenos de posibilidades. Ahora saben a desesperación y despedida.

Encerrada en su cuarto de baño, presiono la frente contra el espejo y, por primera vez en mucho tiempo, lloro de rabia. Lo hago en silencio, aprendí cuando era niña a llorar sin hacer ruido. Pero el dolor es real, mucho más real de lo que me esperaba.

—¿Estás bien ahí dentro? —pregunta Anya, golpeando la puerta suavemente con los nudillos.

—Dame un minuto.

Aprieto con fuerza los bordes del lavabo, respiro hondo y dejo el aire salir lentamente. A continuación, me limpio las lágrimas de los ojos y enderezo la espalda. Debo actuar de manera racional, no hay tiempo de romperse ahora. No tiene ningún sentido. Yo regresaré a Australia, a mi despacho. Ella se quedará en Nueva York, con su vida y sus amigos. Quizá encontrará a una mujer que la haga feliz. Se lo merece. Y no seré yo. Por mucho que quiera, no seré yo.

En la cama, me giro hacia la ventana y trazo el contorno de uno de los rascacielos con la punta del dedo sobre el frío cristal. Lo añado mentalmente a las cosas hermosas que dejaré atrás. Anya se mueve, casi puedo sentir sus ojos clavados en mi espalda desnuda.

—Estás pensando demasiado alto —bromea—. Casi se pueden escuchar tus pensamientos desde aquí.

Sonrío y me doy la vuelta, quedándome a unos centímetros de su rostro. Eso es lo que Sophie siempre me dice, desde que éramos pequeñas. Me clava los ojos y la luz de la luna se refleja en el colgante de plata que lleva puesto.

—¿Quieres un caramelo de fresa?

—Estoy bien, es solo que se hace raro marcharse.

No me contradice. Ya hemos pasado por eso. Lo ha intentado. Joder, lo ha intentado de todas las maneras posibles, pero sé que no puedo. Son 16.000 kilómetros los que nos separan, no es que podamos vernos los fines de semana. Yo ya estoy mayor para una relación a distancia.

Pero su silencio me duele.

Deja el caramelo debajo de la almohada por si luego me apetece y se encoge de hombros.

Se da la vuelta y ese gesto me duele mucho más.

—Tu hermana dijo que colaboras con un despacho en Nueva York: Robertson & Klein.

—Mi hermana es una bocazas.

—También me dijo que sueles tomar las decisiones al amanecer. Duerme a mi lado y sueña con lo que podría ser, no con lo que te asusta —añade sin ni siquiera darse la vuelta para mirarme, aunque los sollozos que trata de disimular me dicen que se rompe por dentro.

CAPÍTULO 15

Nicosia – Nueva York

—No tienes que llevarme al aeropuerto, puedo llamar a un Uber.

—Sí, tengo que hacerlo, porque si vas a escapar de mí y romperme el corazón, quiero que lo hagas mientras me miras a los ojos —responde, cogiendo mi maleta y saliendo de la casa a toda prisa.

Hacemos el trayecto hasta el JFK en silencio, escuchando la radio, que por algún motivo que desconozco, no pone otra cosa que no sean canciones tristes. Pego la frente a la ventanilla del coche y voy recordando todo lo que dejo atrás. La chica de la cafetería de la esquina, esa que siempre recuerda mi café favorito, el primer beso con Anya, la forma en que la nieve consigue que todo parezca mágico. Las noches con Anya.

Anya, siempre Anya.

Nos quedamos en pie frente al control de seguridad, ignorando la gente que corre a nuestro alrededor.

—No tiene por qué acabar así —susurra, cogiéndome con suavidad por la solapa de la chaqueta.

—Ya lo hemos hablado. Lo siento.

—No lo sientas. Sé valiente y dame una oportunidad. Me da igual aquí que en Australia, solo dame una oportunidad —insiste.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —protesta—. Porque hay una diferencia muy grande, Nica. Estás eligiendo el camino fácil, una vida que tienes programada al minuto, pero que ya no te hace feliz.

Quiero responder, me gustaría rebatir lo que acaba de decir, demostrarle que no tiene razón, pero las palabras se niegan a salir de mi garganta. Ni siquiera puedo recordar la última vez que fui verdaderamente feliz.

“Última llamada para el vuelo QF2381 a Sídney”

—Es mi avión —anuncio, desviando la mirada.

—Nica, estás haciendo una estupidez y lo sabes. Eliges la seguridad por encima de la felicidad, por encima del amor.

—No es tan simple —me quejo.

—Sí que lo es. Te saboteas a ti misma. Es como si te diese miedo ser feliz.

—Eso no es justo, Anya —suspiro.

—¿Sabes lo que no es justo? Ver cómo la mujer de la que te has enamorado elige la tristeza solo porque le resulta familiar. Eso sí que no es justo. Vuelves a un apartamento vacío, a un trabajo que te está matando lentamente. ¿Es eso lo que quieres?

—Debo irme —insisto, tratando que deje de hablar.

—Cometes un grave error —sisea junto a mi oído mientras me abraza.

Prefiero no responder, simplemente me giro, desvío la mirada para esconder las lágrimas que asoman por mis ojos.

—Lo peor es que no solo me estás rompiendo el corazón a mí, estás rompiendo también el tuyo —añade, pero ya es tarde. Camino hacia el control de seguridad sin mirar atrás.

Sigo caminando.

Doy un paso adelante.

Luego otro.

Y cada uno me aleja de lo mejor que he conocido en la vida.

Porque soy práctica.

Porque soy Nicosia Walker, socia de uno de los mejores despachos de Sídney.

Porque soy una mujer responsable y lógica.

Porque soy una jodida cobarde.

CAPÍTULO 16

Noa - Australia

La tarde nos sorprende sentadas junto al faro de Cape Byron, observando cómo un grupo de delfines juega entre las olas. Sophie comenta algo sobre sus patrones de comportamiento, pero estoy mucho más concentrada en memorizar el modo en que sus ojos brillan cada vez que habla de las especies marinas de la zona.

—No has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho, ¿verdad? —inquiere, golpeando cariñosamente su hombro contra el mío

—¿Estabas hablando de delfines?

—En realidad, te estaba diciendo que debemos darnos prisa. La playa estará llena de gente para esperar allí el Año Nuevo —anuncia.

Al llegar, todo se me hace muy extraño, la arena está ya repleta de grupos de personas. Celebrar la Nochevieja en bikini frente a una hoguera es algo que no me hubiese esperado.

Algunos tocan la guitarra, otros entonan canciones típicas mientras grupos de niños juegan alrededor, creando una atmósfera tremendamente acogedora.

Cuando cae la noche, la madera crepita en la hoguera, enviando chispas hacia las estrellas, que parecen hoy imposiblemente brillantes. Esta tarde, no hablamos mucho, como si ambas estuviésemos perdidas en nuestros pensamientos. Y, cuando nos besamos, se siente diferente. Más lento, más profundo, como si estuviésemos tratando de memorizar el instante.

Me acurruco contra ella e intento grabarlo todo en la mente. La pequeña cicatriz en su hombro, fruto de un accidente que tuvo de niña, las pecas en su clavícula, el modo en que apaga los gemidos contra mis labios. El sonido de las olas flota en el ambiente y Sophie traza patrones en mi espalda con los dedos.

—La noche de hoy es mágica —anuncia, acariciando de manera instintiva un amuleto que parece estar hecho de ónix. Cualquier promesa es vinculante.

—Está bien, prometo…

—No lo digas —susurra contra mis labios—. Todavía no, tan solo mira las estrellas conmigo.

Apoyo la cabeza en su hombro y pienso que en unas horas estaré camino de Sídney para coger

un vuelo que me devolverá a casa.

—Me he enamorado de ti —admito con un suspiro.

Sophie sonríe y besa mi frente.

—Sé que es una locura, que llevamos muy poco tiempo juntas, que vivimos en dos lados opuestos del mundo. Pero, estas dos semanas han sido…

—Yo también me he enamorado de ti y no creo que importe que hayan pasado dos semanas o dos años —interrumpe con un nuevo beso.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Puedes quedarte —sugiere, bajando la voz—. Aquí hay muchos lugares para escribir con tranquilidad.

—En Nueva York también se pueden ver ballenas jorobadas y delfines. Incluso algunas tortugas —le recuerdo.

—No es lo mismo —resopla. A continuación recoge un pequeño palo y traza extraños dibujos en la arena—. Sé que no puedo pedirte que tomes esa decisión. Es algo que debe salir de tu corazón. Allí tienes tu vida, tus libros…

—Todo lo que he escrito aquí se siente más real que cualquier cosa que haya hecho en años —confieso, sacando el teléfono móvil y deslizando el dedo por el borrador de la nueva novela—. Además…

—Shh, espera, es la hora —anuncia, colocando dos de sus dedos sobre mis labios.

El aire se llena con el aroma del humo de eucalipto, mientras Sophie tira de mí para que me levante y corra hacia el mar acompañando a un montón de gente. En Nueva York, estaría abrigada hasta las cejas, esperando ver caer la bola en Times Square. En cambio, aquí estoy, en una playa de Byron Bay, dispuesta a meterme en el agua del mar con una mujer que ha puesto mi vida patas arriba en menos de quince días.

—Es la ceremonia de limpieza —explica.

—No nos van a hacer nada raro, ¿verdad? —pregunto nerviosa.

Sophie sonríe y el aire parece estar cargado de una energía extraña mientras nos metemos en el agua.

—Primero, nos limpiamos del año viejo. Dejamos que el océano se lleve lo que ya no nos sirve —anuncia, mientras caminamos de la mano hacia el interior.

El agua está tibia, pero se hace raro. Las olas chocan contra mis piernas en la noche, aunque Sophie sigue tirando de mi mano hacia dentro, hasta que quedamos sumergidas justo por debajo

de nuestros pechos.

—Cierra los ojos —sisea—. Piensa en lo que quieres dejar atrás.

Hago lo que me dice, escuchando cómo las olas chapotean contra nuestros cuerpos. El bloqueo a la hora de escribir, mi miedo a la página en blanco. La constante presión de que cada nuevo libro no sea lo suficientemente bueno. El mar parece tirar de esos pensamientos, llevándoselos lejos.

—Ahora —susurra—, piensa en lo que quieres recibir en el Año Nuevo.

Eso es más fácil. Creatividad. Libertad. Amor. Sophie.

Cuando abro los ojos, me encuentro con su mirada y es de una intensidad que me corta la respiración.

—¿Mejor?

—Mejor —repito.

En la arena, alguien comienza a tocar un didgeridoo y sus profundas vibraciones parecen salir de la misma tierra.

—¡Un minuto! —grita una mujer y es como si una ola de emoción recorriese a toda la multitud que nos rodea.

—Métete un poco más adentro en el mar —murmura, tirando de mí.

Cuando nos detenemos, se coloca a mi espalda y entrelazamos nuestros dedos por encima de mi vientre.

—Sophie —suspiro, recostándome contra su cuerpo y girando la cabeza.

—¿Umm?

—Tengo algo importante que decirte.

—No hables ahora —ordena, tapando mi boca con la mano mientras besa mi cuello.

Cientos de voces comienzan a contar hacia atrás.

¡Diez!

¡Nueve!

¡Ocho!

Sophie me estrecha con fuerza contra su cuerpo.

¡Siete!

¡Seis!

¡Cinco!

Me giro y extiendo los brazos alrededor de su cuello.

¡Cuatro!

¡Tres!

Apoya su frente en la mía.

¡Dos!

¡Uno!

El cielo explota con fuegos artificiales, pero lo único que siento son los labios de Sophie besando los míos. Y cuando nos separamos, tengo muy claras cuales serán mis primeras palabras del año.

—¡Me quedo!

—¿Qué?

—Me quedo —repito—. Aquí, contigo, en Byron Bay. Puedo escribir en cualquier lugar y nunca en mi vida he estado más inspirada.

—¿Estás segura? —chilla mientras me abraza—. ¿Y qué pasa con Nueva York?

—Nueva York siempre estará allí, pero ¿esto? Tú me haces feliz, Byron Bay me hace feliz. La playa, las estrellas. Necesito saber si aquí está mi verdadero hogar. A tu lado.

Quiero seguir hablando, pero la sonrisa en el rostro de Sophie eclipsa los fuegos artificiales. Me coge en cuello, enrosco las piernas en su cintura mientras nos besamos. A continuación, pierde el equilibrio y ambas estamos bajo el agua, riendo a carcajada limpia cuando salimos a la superficie como si nos hubiésemos vuelto locas.

—¡Dilo otra vez! —murmura contra mis labios.

—Me quedo contigo —chillo antes de fundirnos en un beso que parece no tener fin.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad? —inquiere cuando nos separamos.

—¿Qué?

—Que tendrás que aprender a surfear.

—Creo que aún estoy a tiempo de cambiar de opinión —bromeo rodeando su cintura y colocando mi frente sobre la suya.

—Demasiado tarde, chica escritora —suspira, rozando con la punta de su nariz la mía—. Ahora estás atrapada conmigo para siempre. Las promesas que se hacen esta noche son vinculantes —me recuerda con un guiño de ojo.

Hace rodar entre los dedos el amuleto de ónix que cuelga de su cuello. Sonríe y extiende la mano para que entrelacemos nuestros dedos mientras caminamos hacia la orilla.

Y, mientras caminamos de vuelta a las fogatas, me doy cuenta de que, por primera vez en mi vida, no pienso en lo que viene después. No estoy planeando el próximo libro, ni preocupada por las ventas del que enviaré la próxima semana a mi editorial. Solo estoy aquí, ahora, entrando en un nuevo año y una nueva vida con la mujer que ha robado mi corazón en apenas quince días.

Y todo es perfecto.

CAPÍTULO 17

Nicosia - Australia

El recipiente de comida china que he encargado permanece intacto sobre la mesa. Un sustituto un poco patético de la cena de Nochevieja que debería estar compartiendo con Anya en Nueva York. Ni siquiera tengo hambre. Cada vez que cojo los palillos recuerdo la manía que tenía de robar la comida de mi plato.

Me recuerdo a mí misma que no tiene sentido. Que solo una idiota se enamoraría perdidamente de alguien en tan solo dos semanas. En cambio, aquí estoy, la gran Nicosia Walker llorando como una boba sobre un plato de fideos chinos que ya se ha quedado frío.

El teléfono vibra otra vez, seguramente mi hermana Sophie haciendo un último intento para felicitarme. No le he dicho que he vuelto a Australia, aunque, probablemente, ya lo sepa. Comparte con Anya ese extraño amor por la vida, esa capacidad para disfrutar de las pequeñas cosas. La tendencia a lanzarse de cabeza en vez de pensarlo todo una y mil veces. A diferencia de mí, siempre práctica, siempre calculando. En estos instantes, jodidamente miserable.

—Y esto es el éxito en la vida —murmuro a mi reflejo en la ventana mientras observo la ciudad de Sídney a mis pies.

Desde aquí puedo divisar el puerto junto al edificio de la Ópera. Pronto, toda la zona se llenará de luces y fuegos artificiales y cada estallido de color en el cielo será como una acusación. En algún lugar de Nueva York, Anya mirará mañana unos fuegos parecidos. Quizá rodeada de amigos o de su familia, no sola en su apartamento, con un plato de comida china a domicilio. Hará reír a todos con sus comentarios, puede que les ofrezca un caramelo de esos que lleva siempre en el bolsillo si alguien está triste.

¿Pensará en mí?

¿Me odiará por lo que hice?

Saco el teléfono móvil y empiezo a escribir.

—Anya, lo siento, yo…

Borrar.

—Te echo de menos…

Borrar.

—Debería haber…

Borrar.

Me dejo caer en el sillón, tiro el teléfono lejos de mí y escondo el rostro entre las manos. Un grito ahogado de frustración se atasca en mi garganta.

Miro alrededor y ahí está. Mi perfecto apartamento, las obras de arte que cuelgan de las paredes, mi vida perfecta, los muebles caros que evidencian el éxito en mi trabajo. Y lo veo. He construido una hermosa jaula y ahora no puedo salir. Yo misma he tirado la llave.

Escucho a mis vecinos chillar.

¡Diez!

Pienso en la sonrisa de Anya.

¡Nueve!

En la forma en que conseguía que todo fuese hermoso.

¡Ocho!

En cómo consiguió romper, ladrillo a ladrillo, los muros que rodean mi corazón.

¡Siete!

En esos caramelos que me ofrecía si estaba triste.

¡Seis!

En cómo me hacía feliz.

¡Cinco!

En la decepción en sus ojos cuando me marché.

¡Cuatro!

En lo que lloré durante el viaje de vuelta.

¡Tres!

En el dolor que me produce saber que he dejado escapar a la mujer que podría haber sido el amor de mi vida.

¡Dos!

En que he sido una imbécil por no escuchar a mi corazón.

¡Uno!

Feliz Año Nuevo para mí.

Sola en mi apartamento perfecto, rodeada de mi vida perfecta. Perfecta y miserable.

Me acurruco en el sofá y lloro. Sollozo sabiendo que he perdido algo precioso, consciente de que ha sido todo por mi culpa. Y aprendo la lección más dura de mi vida. A veces, el mayor riesgo es no arriesgarse y vivir cada minuto del resto de tu vida preguntándote lo que podría haber sido.

CAPÍTULO 18

Nicosia - Australia

—Vaya, mira lo que arrastró la marea —ironiza Sophie, cruzando los brazos al verme plantada frente a su casa.

Acaricio entre los dedos una piedra que cogí en Central Park el día en que conocí a Anya. Han pasado diez días desde que regresé a Australia y ni siquiera he llamado a mi hermana por teléfono.

—Sophie, yo…

—¡Calla! —ordena, levantando la mano derecha—. Llegas justo a tiempo para la cena. Noa está preparando sus famosos espagueti marinara.

Parpadeo rápidamente, confusa ante la nueva información.

—¿Noa sigue aquí? No he visto nada en tus redes sociales.

—Hemos estado muy ocupadas, no te voy a decir en qué para no darte envidia —responde encogiéndose de hombros.

—¿Sigue en mi casa de la playa?

—No, idiota. ¿Cómo va a seguir en tu casa? Se ha mudado conmigo. Para siempre, o eso espero. Entra, tenemos mucho de qué hablar —agrega, haciendo una seña con la mano para que la siga.

Dentro de la casa de mi hermana, todo parece igual, pero diferente. Una tabla de surf se apoya en un tablero de corcho cubierto con notas de distintos colores con lo que parece ser la trama de algún libro. Sobre una de las mesas, se extiende un manuscrito repleto de correcciones en color rojo. Sophie nunca fue ordenada, pero esto se parece mucho a… a la felicidad.

—Hola, tú debes ser Nicosia, ¿verdad? —inquiere la mujer que sale de la cocina, envuelta en un delantal, algo manchado de salsa.

La saludo con amabilidad, pero una pregunta urgente se escapa de mis labios, casi como un susurro ahogado.

—¿Cómo está Anya?

—¡Siéntate a la mesa, anda! —interrumpe Sophie—. La cena está ya lista. Luego hablaremos de cómo has arruinado de manera espectacular tu oportunidad de ser feliz. Toma, vas a necesitar esto —agrega, extendiendo el brazo para acercarme una copa de vino.

Nos sentamos a la mesa y Noa coloca frente a nosotras una gran fuente de unos espaguetis que huelen de maravilla. Llevo toda la semana comiendo poco, entre el disgusto y la tensión con la fusión, no había manera de tener hambre.

—Entonces —corta mi hermana, enrollando la pasta en su tenedor con una lentitud agónica —. ¿Cómo te va tu vida perfecta en Sídney?

Típico de ella, zambulléndose de manera directa en lo que le importa. A su lado, Noa me observa sin decir ni una sola palabra, seguramente tomando notas mentales para cuando tenga que describir cómo uno de sus personajes a los que debe matar tiene una crisis emocional.

—La fusión en la que estaba trabajando ha sido un gran éxito y…

—Vaya, eso es realmente triste, Nica —interrumpe, jugando entre sus dedos con el cristal de la suerte que se ha puesto hoy, que ni siquiera sé de qué piedra es—. En serio, es deprimente. Te pregunto por tu vida y me hablas de una fusión de alguna empresa que no sé ni a qué se dedica.

—¿Qué quieres saber? —me defiendo.

—Quizá podrías empezar por decirme por qué estás aquí, porque no creo que hayas venido para hablarme de derecho corporativo —gruñe, alzando las cejas—. ¿Quieres que te diga que es normal que hayas huido corriendo de Nueva York? Porque no te lo voy a decir.

De manera instintiva, meto la mano en el bolsillo del pantalón en busca de la piedra que recogí en Central Park, como si necesitase su apoyo emocional para buscar las palabras adecuadas, aunque se niegan a salir de mi garganta.

—No sé muy bien cómo seguir —confieso y mi voz es apenas un susurro.

—¿Seguir con qué? ¿Con la farsa en la que se ha convertido tu vida perfecta? ¿Con empezar a sentir de una vez cosas que son reales? ¿Con vivir? —la voz de Sophie se va elevando de manera paulatina con cada pregunta—. Porque déjame decirte algo sobre vivir y ser feliz. Estos últimos diez días he visto a Noa reorganizar toda su vida para hacer justamente eso.

—Sophie, no seas tan dura con ella —susurra la escritora, apretando la mano de mi hermana.

—No, deja que siga. Noa tiene reuniones virtuales, volará a Nueva York cada dos meses y está escribiendo mejor que nunca. Pero tú no lo intentarás, ¿verdad? Incluso si Anya se ofreció a dejar su trabajo en Estados Unidos para seguirte hasta aquí.

—No te voy a decir que será fácil, pero merece la pena. Ha sido la mejor decisión de mi vida —añade Noa.

—¿No echas de menos tu vida en Nueva York?

—Echo de menos algunos aspectos de mi vida. Salir a tomar algo con Anya, los paseos por Central Park, ese tipo de cosas. Sin embargo, aquí, junto a tu hermana, soy más feliz. Y más productiva.

—Anya te quería de verdad —corta Sophie.

—¿Hablas con ella?

—¿Quieres saber lo que ha estado haciendo mientras tú te escondías en tu despacho de abogados?

—Sophie… —advierte de nuevo la escritora.

—No, mi hermana la perfecta necesita saber esto —rebate, negando con la cabeza—. Ha buscado un trabajo en Europa, dijo que necesita alejarse lo más posible de Nueva York, al parecer, allí todo le recuerda a ti —espeta, alzando las cejas.

—No lo sabía —suspiro, sintiendo de pronto que me falta el aire en los pulmones.

—A veces, las decisiones más aterradoras son las que dan los mejores resultados —interrumpe Noa—. Hace un mes, yo estaba teniendo ataques de pánico por culpa del síndrome del impostor. Ahora estoy escribiendo un nuevo thriller sobre una empresa que vierte residuos contaminantes en una zona remota de Alaska y aprendiendo a surfear.

—Eso, malamente —bromea mi hermana.

—Sí, es verdad. No es lo mío —admite con una sonrisa—. Pero soy feliz.

Alterno la mirada entre ellas. Anya me había dicho que la escritora se parecía a mí en cierto modo. Ahora, en cambio, se la ve tan relajada…

—¿Sabes cuál es tu problema, Nica? Tienes tanto miedo a perder algo, que ni siquiera te permites tenerlo en primer lugar. Pasas tanto tiempo coleccionando minúsculos pedazos de felicidad con esas piedras que recoges, que nunca te permites experimentar lo que es ser feliz.

—Eso no es así. Yo…

—Sí es así —me corta, levantando la mano derecha—. Deja de coleccionar momentos y empieza a vivirlos.

—Creo que ya es tarde —suspiro.

—Es posible —responde Sophie, encogiéndose de hombros—. Pero, en cualquier caso, es mejor averiguarlo que pasar el resto de tu vida preguntándote si realmente era demasiado tarde o todavía estabas a tiempo.

***

Paso el larguísimo vuelo a Nueva York casi sin dormir, repasando una y otra vez las palabras que quiero decir. De cuando en cuando, meto de manera instintiva la mano en el bolsillo en busca de alguna de mis piedras, pero se han quedado todas en Australia, olvidadas en un cajón como un recordatorio de todos esos momentos que intenté capturar en lugar de vivir.

La mujer que viaja a mi lado me ofrece un caramelo, y ese gesto me recuerda tanto a Anya que casi me pongo a llorar.

Al aterrizar en el JFK, cojo un taxi y me dirijo directamente al trabajo de Anya, pero cuando llego, tan solo encuentro su mesa vacía y una mirada extraña por parte de sus compañeras.

—No está aquí —anuncia una de ellas—. Renunció al trabajo la semana pasada. Dijo que necesitaba comenzar desde cero lejos de esta ciudad.

Por un instante, tengo el presentimiento de que se pondrá a gritarme por lo que le he hecho a su amiga, pero debe verme muy desesperada.

—Prueba en su apartamento, creo que su avión no sale hasta mañana —prosigue.

Salgo corriendo casi sin despedirme, y el viaje en Uber hasta su casa es una larguísima tortura. Las palabras de mi hermana me persiguen como si quisieran vengarse. “Deja de coleccionar momentos y empieza a vivirlos”.

Llamo al timbre, una, dos, tres veces.

Silencio.

Mierda.

—¿Quién es? —la voz de Anya suena triste.

—Soy yo —suspiro—. Por favor, no me eches.

Una larga pausa. Luego, la puerta hace clic y se abre.

En su apartamento, hay cajas de cartón apiladas por todas partes. Anya está de pie en medio del caos, todavía sosteniendo un rollo de cinta de embalar.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con sequedad.

Abro la boca, dispuesta a lanzar un discurso cuidadosamente preparado en las largas horas que duró el vuelo.

—Te echo de menos —es lo único que consigo decir.

—¿Qué? ¿Ahora me echas de menos? —pregunta, dejando caer el rollo de cinta, que rueda por el suelo.

—He sido una imbécil, sé que lo he jodido todo con mi actitud. Soy consciente de que me

diste muchas oportunidades, que estabas dispuesta incluso a abandonarlo todo para seguirme a Australia. En vez de luchar por ti, me asusté y hui. Pero ya no lo haré más. Estoy enamorada de ti, Anya, y si todavía estás dispuesta a dejarme entrar en tu vida, viviré en Nueva York contigo —suelto de manera precipitada.

—Me voy a Europa mañana.

—Pues me mudo a Europa —respondo sin dudar.

—¿Te has vuelto loca?

—Venía dispuesta a abrir una oficina en Nueva York, ya le he presentado a los socios un plan de expansión internacional en colaboración con Robertson & Klein y así poder estar a tu lado. Pero, si te vas, te seguiré donde sea. Buscaré trabajo en París, Londres, Madrid, donde vayas —le aseguro, rogando en mi interior que no me diga que abandone su apartamento.

—Me hiciste mucho daño —susurra, sacando un caramelo de fresa de su bolsillo y extendiendo el brazo para ofrecérmelo.

—Lo sé.

—Estaba decidida a construir una vida contigo sin importar el lugar —añade.

—También lo sé y ojalá pudiese volver atrás con una máquina del tiempo y corregir mi error. He sido una idiota, pero deja que te lo compense. No te vayas, quédate aquí, conmigo. O vete a Europa si quieres y deja que te acompañe. No me importan los detalles, solo me importas tú.

—Huir para olvidar a alguien no suele funcionar —resopla, mientras desenvuelve lentamente el caramelo de fresa..

—¿Eso es un sí?

En lugar de responder, mete el caramelo en mi boca.

Es una ofrenda de paz.

Un comienzo.

Y cuando sus dedos rozan mis labios, no puedo evitar que se me escape un suspiro.

—Te juro que si huyes de nuevo…

—No lo haré —le aseguro—. Estaré siempre a tu lado.

—¿Lo prometes?

—Está amaneciendo en Australia, mi hermana dice que las promesas que se hacen al amanecer son vinculantes y más en estas fechas —susurro, colocando una mano por debajo de su cinturón para atraerla hacia mí.

Y cuando nuestros labios se encuentran, esta vez, no intento memorizar el beso. No pretendo recordarlo, solo vivirlo.

Al fin y al cabo, le seguirán muchos más.